





# ...Y LOS SUEÑOS SUEÑOS SON

Desperté una eternidad más tarde, con un montón de costillas quejándose, un ejército de huesos aullando su protesta y una cabeza, mi única cabeza, sintiéndose como la batería del más brutal conjunto de *rock* duro del mundo.

Y en medio de una insoportable discusión doméstica.

Estaba a punto de gritar a los presentes que se callasen de una vez y me dejasen en paz, cuando reparé en que hablaban de mí. Así que seguí haciéndome el dormido astutamente e intenté entreabrir los párpados para entrar en ambiente.




Indiana James

# … Y los sueños, sueños son

## Bolsilibros - Indiana James - 30

**ePub r1.0**
**LDS** 12.05.18

Título original: … *Y los sueños, sueños son*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# GRANDES



# AVENTURAS

# PRÓLOGO

Quedan pocos, muy pocos paraísos en nuestro pobre y castigado mundo, pero yo me conozco alguno y estaba dispuesto a disfrutarlo a manos llenas. Para ser más preciso, llenas con los
100 000
dólares que me había proporcionado Harry Grant a pesar de su enfado. No estuvo bien destruir el producto de varias décadas de investigación gubernamental, pero tampoco estaba nada bien el emplear esas décadas en crear bichitos microscópicos que nos fastidien alegremente la vida porque algún paranoico empiece a ver fantasmas debajo de la almohada. Fuera como fuese, el capítulo de mi vida que he llamado «El Despertar de la Bestia», podía considerarse cerrado y estaba dispuesto a abrir otro mucho más placentero. Y descansado. Está muy bien, eso de salvar cada dos por tres a la Humanidad de su propia destrucción, pero seré sincero una vez más: acaba cansando un poco.

Primera etapa del viaje: Heathrow, el aeropuerto londinense. Segunda: No, lo siento, pero no pienso decirlo. No quiero encontrar mi «paraíso» particular repleto de fans, destrozándolo por conseguir uno de mis inapreciables autógrafos.

El caso es que descendí de mi avión y me dirigí a la salida de «vuelos internacionales» en medio del pasaje. Junto a la puerta, esperaba la multitud tradicional: padres que aguardan a hijos, temiendo que sus vacaciones en los Estados Unidos les hayan convertido en propagadores entusiastas de hamburguesas plastificadas; esposas que esperan a maridos; maridos que esperan a esposas; pelmazos que no tienen otra cosa que hacer que dificultar el paso colocándose en medio y… y dos figuras inmensas, traje impecable y gafas oscuras, que venían por mí.

No me pregunten cómo lo sabía. Con los años, uno adquiere cierta experiencia, cierto décimo sentido que le advierte de estas cosas. Apenas les puse la vista encima supe, sin ningún género de dudas, que aquellos fulanos tenían como único objetivo en la vida estropearme las vacaciones. El que pasasen velozmente los ojos de mi persona a una fotografía que tenían en las manos, una y otra vez, el paso, ayudó, lo reconozco.

Pero son tonterías y el que empezasen a caminar para interceptarme que no enturbian lo más mínimo mis dotes deductivas.

Compuse mi mejor cara de póker y me dirigí como una flecha hacia uno de los mostradores de Asian Airlines.

—¿Señor James? —Oí que susurraba uno aquellos fulanos.

—No —respondí, sin aminorar la marcha.

Un segundo después, trotaban presurosos colocándose a derecha e izquierda.

—Perdone, señor James —insistió, uno—. Pero le necesitamos.

—Está bien, está bien —concedí generosamente, sacando papel y bolígrafo—. ¿Es para usted pongo el nombre de su hermanita pequeña?

Mi broma no pareció hacerle la menor gracia.

—Me sentiré muy honrado aceptando su autógrafo, señor James —reconoció el tipo. ¡Dios! No hacía falta que me jurase que era inglés—. Pero el objeto de nuestra presencia es otro. Quisiéramos… humm, contratarle.

—Estoy seguro —admití, intentando proseguir mi camino. No me dejaron.

Tranquila, pero finalmente, me interceptaron el paso.

—Por favor, señor James —insistió—. El asunto es muy grave.

—También estoy seguro de eso, pero tenéis mala suerte, chicos. En estos momentos, estoy de vacaciones.

Toda su afabilidad, desapareció como por ensalmo. Si prestaba atención, podía escuchar como rechinaban sus mandíbulas.

—Estamos autorizados a ofrecerle una elevada suma de dinero por sus servicios —aventuró el segundo hombre.

—¿Y cuánto es una «elevada suma»? —me interesé. No soy especialmente codicioso, ya lo saben. Pero, a cierta edad, uno tiende a pensar demasiado en la vejez, el retiro y tonterías

semejantes.

—
50 000
dólares —contestó el primer hombre con una sonrisa de oreja a oreja.

Creía haberme atrapado, pero resultaba que yo tenía en mi bolsillo el doble de aquella cantidad. Así que me permití el lujo de dar una respuesta que había soñado soltar desde hacía treinta años:

—Lo lamento, pero no estoy en venta.

—
100 000
dólares —contraatacaron al unísono.

Sentí tambalear el suelo bajo mis pies. Ni siquiera habían parpadeado al doblar la cifra.

—¿Y si les pidiera un cuarto de millón? —pregunté, sonriente.

Se miraron y suspiraron profundamente:

—De acuerdo, aceptado —mascullaron finalmente.

La tentación asaltó a sangre y fuego la fortaleza de mi espíritu. Tras un breve y cruento combate, mi espíritu resistió y rechazó al asaltante. ¡Maldito espíritu!

—Si son capaces de ofrecer esa cantidad —farfullé— estoy seguro que pueden contratar gente con más aptitud que yo.

—Lo sabemos —suspiró uno desconsolado—. Pero se da la circunstancia que ya…

El segundo gorila le soltó un codazo que hubiera hundido las costillas de un elefante.

—Ya que el dinero no parece importarle… euh, lo cual nos complace sobremanera, por supuesto —añadió, manteniendo una gélida y cortés sonrisa— apelamos a un argumento que estamos seguros no podrá rechazar: su inagotable sed de aventuras. ¡Le ofrecemos participar en la aventura más extraordinaria que jamás haya podido imaginar!

—¡Oh! Les advierto que puedo ser muy imaginativo —advertí.

Pero me di cuenta que eso era un error. Empezaba a entrar en su juego. Si seguía así, terminaría por acompañarles, regalando, encima, mis cien mil dólares.

—Me permiten… —rogué tranquilamente, dando un paso al frente. No movieron ni un músculo.

—No nos deja muchas alternativas —soltó uno. Y su tono ya no era amable.

Los estudié un instante. Aquellos fulanos parecían dos armarios, pero *sólo* dos armarios. ¿Qué esperanzas tenían contra el viejo Indiana James? Absolutamente ninguna. Un par de descuidados sopapos y podría reemprender mi viaje.

—¿Es una amenaza? —pregunté, intentando que mi sonrisa fuera lo más feroz posible.

—Me temo que sí —añadió una de las moles—. Va a tener que acompañarnos.

De buen grado… ¡o a la fuerza!

Me cuadré, tensé los músculos y adopté mi postura defensiva favorita:

—¡Atreveos! —rugí—. ¡Será una pelea muy corta!

Y se atrevieron.

Y fue una pelea muy corta.

Una fracción de segundo después, ya me habían liquidado.

# CAPÍTULO PRIMERO

Desperté una eternidad más tarde, con un montón de costillas quejándose, un ejército de huesos aullando su protesta y una cabeza, mi única cabeza, sintiéndose como la batería del más brutal conjunto de *rock* duro del mundo.

Y en medio de una insoportable discusión doméstica.

Estaba a punto de gritar a los presentes que se callasen de una vez y me dejasen en paz, cuando reparé en que hablaban de mí. Así que seguí haciéndome el dormido astutamente e intenté entreabrir los párpados para entrar en ambiente.

Estaba en una especie de enfermería, eso estaba claro. Y, además de los dos gorilas que me habían hecho pedazos, se hallaba presente un tercer personaje. No era muy alto, pero su pelo cortado a cepillo y de punta, y su abrigo negro, largo hasta los pies, le daban una apariencia más bien siniestra. Se volvió hacia mí con una expresión de enfado y me señaló:

—¿Estáis seguros que es ése? —preguntó con el mayor desprecio que una voz humana podía conseguir. Era mofletudo y miope. Decidí despreciarle yo también, a partir de ese momento y por los siglos de los siglos. Estábamos en paz.

—Llegó en el vuelo que nos indicó Harry Grant y teníamos una foto… —dijo a modo de disculpa upo de los dos gorilas.

«¡Harry Grant, el muy cerdo!», pensé furioso. Había encontrado la manera de devolverme la «faena» que creía que le había hecho. Pasó a engrosar mi cuenta de venganzas pendientes.

—Esperaba… no sé… —titubeó aquel doctor Caligari de pacotilla—. Alguien más duro, más impresionante… ¡Pero si os lo cargasteis enseguida!

¡Genial! Primero me pegaban una paliza por las buenas y luego

se quejaban de que no se la hubiera pegado yo a ellos. Casi les pido disculpas.

—En ese caso —intervine— no les importará enseñarme la salida, ¿verdad?

—¡Ah, está despierto! —exclamó aquel «*punkie*» desfasado.

—¡Qué perspicacia! ¡Qué dotes deductivas! —le concedí—. ¿No ha pensado nunca presentarse a un concurso de la televisión?

Intenté levantarme de la cama en la que me encontraba. Me rechinaron todos los huesos, pero lo conseguí. En cuanto pudiera dar un paso, tendría la situación controlada.

—Mucho gusto, señor James —dijo aquel «siniestro» de pega—. Me llamo Otto Berowsky.

—Peor para usted.

—Euh… sí, bueno… Estamos advertidos de su «especial» sentido del humor.

—Y eso que todavía tengo que recoger mis pedazos y pegarlos. Entero, soy terrible. El alma de cualquier fiesta.

Tras otro momento de vacilación, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de la enfermería:

—Acompáñeme, por favor.

Iba a ponen un pie en el suelo, cuando los dos gorilas me sujetaron por los brazos. Los moví con violencia para que me soltasen. Uno tiene su orgullo. No estaba dispuesto a dejar que se dieran cuenta de lo flojucho que todavía me encontraba. Les clavé en su sitio con una de mis legendarias «miradas asesinas» y me puse en pie.

Un segundo después, me abrazaba desesperadamente a ellos para no desparrama mi dentadura por el piso, mientras abroncaba mentalmente a mis piernas. ¿Quién les había mandado convertirse en fideos sin mi consentimiento?

—Pero ¿estáis seguros que es él? —rugió desesperado aquel homúnculo.

—No se preocupe —le tranquilicé—. Es cuestión de tiempo. Un par de años de descanso y hasta yo estaré seguro de quién soy.

No se molestó en responder. Chasqueó los dedos y ambos gorilas me transportaron hasta una silla de ruedas. Uno se colocó detrás y empezó a empujarla, mientras el otro colocaba su garra en mi hombro… Por si acaso, supongo. Mi fama debe ser terrible.

Salimos a un pasillo y empezamos a recorrerlo. Mientras, Berowsky hablaba hasta por los codos:

—Lamento las… euh, desagradables circunstancias en que nos hemos conocido, señor James. Pero, como comprenderá muy pronto, nuestro… mmm, asunto, es de particular importancia. Y sólo alguien como usted —aquí me dirigió una mirada de total desconfianza, seguida de un resignado suspiro— esto… «suponemos», puede resolverlo.

El pasillo terminaba en una doble puerta de acero. Al acercarnos lo suficiente se abrió con un siseo, dejando ver una habitación en penumbra. La poca luz que iluminaba la escena, provenía de las máquinas que abarrotaban sus muros y de la que se filtraba a través de un enorme cristal que ocupaba toda la pared frente a nosotros.

Me acercaron hasta el cristal y pude ver otra sala, mucho mayor que aquélla en la que nos encontrábamos. Se hallaba por debajo de nuestro nivel y tan llena de máquinas como la nuestra. Su centro estaba ocupado por una especie de cama con un ocupante. Un millón de tubos salían de sus brazos, piernas y torso, y entraban en las máquinas. O viceversa, a saber. Un ejército de médicos y técnicos lo controlaban todo.

No podía ver el rostro del presunto enfermo, pues su cráneo estaba oculto por una especie de casco metálico embutido hasta la nariz. Otro sillón de cables eléctricos lo conectaba al equipo. Cualquiera diría que estaban a punto de crear un monstruo de Frankenstein. Sólo faltaba esperar la tormenta apropiada y abrir el techo a la espera del rayo mágico.

—¿Sabe quién es el hombre que se halla en esa cama? —preguntó Berowsky, señalándole.

—¿Darth Vader?

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién? —soltó, desconcertado.

—Pues el caso se le parece. Está bien, olvídelo —respondí, molesto—. Es usted un poco raro, ¿sabe? Por lo visto, se dedica a secuestrar a gente que ni siquiera conoce. ¿Por qué no se lo pregunta a él?

—¿Que le pregunte a él, qué? —decididamente, no entendía nada de nada.

—¿Quién es?

—¡Pero, yo ya sé quién es! —estalló, atónito.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta a mí?

Cerró los ojos y me di cuenta que estaba contando hasta diez para no saltarme al cuello y estrangularme allí mismo. Tuve que hacer esfuerzos para no estallar en carcajadas.

—Bien, empecemos de nuevo —propuso, una vez calmado—. ¿Ha oído hablar de «El Hombre del Smoking»?

¡Claro que había oído hablar de él! Dicen que, a veces, la realidad supera la ficción. Pues bien, era el ejemplo personificado.

Por poco aficionados que sean a las novelas, historietas, películas o series televisivas de detectives, sabrán que existen clases entre los investigadores. Si empezamos por abajo, nos encontraremos con el típico policía de barrio o investigador privado de «Serie Negra», siempre dispuesto a ser el saco de entrenamiento de cualquier hampón que se precie de duro. A medida que subimos en la escala, vamos encontrando, desde ancianitas que resuelven los casos más complicados sin moverse de su salita de estar mientras sorben un delicioso té, hasta justicieros particulares que se meten en fregados porque el cuerpo y la trama del guionista se lo exige. Arriba, en la cúspide, hallaríamos a esos seres millonarios, privilegiados, hastiados de una vida confortable, que no encuentran otra distracción que la de resolver cualquier enigma con que tropiecen, por enrevesado o banal que parezca.

Pues bien, el apodado «Hombre del Smoking» era la personificación real, viviente, de esta última categoría. Sólo aceptaba casos intrigantes, misteriosos, «dignos» de resultar un reto a sus habilidades detectivescas. En realidad se llamaba Angus Nosequé y no era de extrañar que no le reconociese en aquel cuerpo postrado en un lecho que se encontraba frente a mí, al otro lado del espejo. Primero, porque jamás se habían cruzado nuestros caminos —los ambientes que solíamos frecuentar eran muy muy distintos— y, segundo, porque le faltaba el traje que daba nombre a su apodo. Decían que no se lo quitaba ni por casualidad y que esa fijación escondía una sórdida historia que nadie conocía.

Berowsky interpretó mi silencio —por uní vez—. Correctamente.

—¡Ah! Veo que el nombre le resulta familiar.

—Un poco —acepté yo—. ¿Qué hace ahí? ¿Le está castigando porque descubrió que usted se dedicaba a robar bragas de seda en Harrod’s?

Encajó mi grosería sin parpadear.

—No está recibiendo ningún castigo, señor James —explicó pacientemente—. Al contrario, acudió a nosotros, a nuestra organización, para obtener un poco de gratificación intelectual, para poder desentrañar algunos enigmas a la altura de sus facultades mentales.

—Pues ese casco debe contener un enigma apasionante —observé—. Hace varios minutos que no se lo quita de delante de los ojos…

—Sí. Mucho más apasionante de lo que se imagina —y soltó una estentórea risotada.

Yo ya estaba empezando a cansarme de tanto misterio. Todos aquellos fulanos se empeñaban en dudar de mi capacidad imaginativa.

—Pues salúdele de mi parte y dígale que fue un placer. Ahora, si me indican dónde está la salida.

—No tan deprisa, señor James —y sentí que las manos de los gorilas se engarfiaban en mi hombros, clavándome en la silla de ruedas—. Aún no hemos hablado de la razón por la que le hemos traído aquí… —Y lanzó una melodramática mirada por encima de su hombro—. ¿Puedo… ¡ejem!, puedo tener la seguridad de que todo lo que aquí se hable, será confidencial?

—Ya es demasiado tarde —reconocí, señalando un botón de mi chaleco—. ¿Ve esto? En realidad, es un transmisor de largo alcance, conectado con los télex del *New York Times*. Lo siento, amigo, pero será mejor que me deje salir de aquí, antes que empeore su caso. De momento, ya puedo acusarle de agresión, secuestro…

Un relámpago de terror cruzó sus ojos, antes de mirar a los dos gorilas. Alguna señal tranquilizadora deberían hacerle porque resopló aliviado, secándose el sudor.

—Esto va a ser más difícil de lo que parecía. En fin, dadas las circunstancias, estamos… uh, obligados a confiar en su discreción, señor James.

Y me contó una historia más fantástica de lo que podía… Sí, lo reconozco, de lo que podía imaginar.

# Capítulo II

En aquellos momentos, me encontraba en la sede de la empresa «Sueños, S. A.».

Al parecer habían conseguido lo que la Humanidad lleva milenios deseando: *hacer los Sueños realidad*. Pero una realidad un poco especial, ya que no dejaba de ser un sueño. ¿Complicado? Pues piensen que lo estoy simplificando.

Supongamos que el sueño de uno es que desaparezcan las guerras… No, un momento. Tomemos algo menos «fantástico». Digamos, ser el primer hombre en explorar Marte. Bien, pues «Sueños, S. A.», recoge todos los datos disponibles sobre el vuelo espacial, toda la documentación existente sobre Marte, te duerme y te «inyecta» toda la información en tu subconsciente, gracias al montón de chatarra que me rodeaba. Resultado que uno puede «vivir» realmente el viaje con el mayor verismo posible, siempre que se ajuste las reglas más elementales. Por ejemplo, si uno tiene la estúpida idea de darse un paseo espacial sin casco, ¡puff!, se muere. Es decir, despierta. ¿Emociones?: todas. ¿Riesgos?: ninguno.

Al menos, según Berowsky. Pero algo me olía a podrido. Y siempre hago caso de mi olfato.

—No he oído hablar jamás de tal empresa —objeté inmediatamente.

—Todavía nos hallamos en una fase… er, experimental —reconoció a su pesar—. Pero con toda garantía de satisfacción, por supuesto.

—Por supuesto —ratifiqué, dejando claro que no me tragaba una palabra de lo que me estaba contando.

—Nuestro actual cliente —y señaló levemente la inmóvil figura de Angus Nosequé— acudió a nosotros desesperado. No encontraba

un reto a su altura, un enigma lo bastante interesante, una encuesta lo suficientemente atrayente. Así que nos pidió que «inventásemos» algún caso digno de él para que pudiera resolverlo… ah, «en sueños». Naturalmente, lo hicimos.

—Pues no se le ve muy animado…

—Todo ocurre a nivel mental, como ya le he explicado.

—¿Y cómo encajo yo en ese cuento? —pregunté—. ¿Acaso quieren «grabar» mis aventuras para que se diviertan unos cuantos millonarios ociosos?

—¿Aventuras? ¿Qué aventuras? —exclamó perplejo.

Juré mentalmente enviarle una colección completa de mis novelas en cuanto saliera de allí. Contra reembolso, claro.

—Entonces, ¿por qué me han traído aquí? —Seguí preguntando.

—Ahora entramos en la fase… esto, más delicada. En el… mmm, llamémosle, problema en sí. Como verá, la primera fase se cumplió a satisfacción de nuestro cliente. Pero hemos topado con ciertas dificultades en la segunda…

Miré a Berowsky, miré al «hombre del *smoking*» y volví a mirar a Berowsky.

Sonreí.

—Ya entiendo —admití—. El problema es que no sueña lo que ustedes programaron.

—No, exactamente…

—El problema es que no sueña nada —insistí.

—Tampoco es eso, no…

—Está bien, me rindo —sentencié desanimado.

—El problema es que no quiere dejar de soñar.

Debió ser muy obvio que no me enteraba de nada, porque Berowsky se creyó en la obligación de darme explicaciones sin pedírselas:

—Verá… Er, usted puede querer cazar un tigre de Bengala. Muy bien. Nosotros le situamos en el territorio apropiado, le proporcionamos las armas que desee e, incluso, creamos los personajes que quiera: porteadores, criados, compañeros… Pero eso no sirve de nada si usted, una vez dormido, no se dedica a cazar su presa, sino que se limita a ir de excursión, acampando aquí o allá, sin acechar, acorralar y disparar contra el animal en cuestión. ¿Me explico?

—Más o menos. ¿Está intentando decirme que le han programado un montón de casos a ese superdetective, pero que no quiere resolverlos y por eso no se despierta?

—Exactamente —reconoció Berowsky, dejando caer los hombros abatido.

—Comprendido. Sólo me queda una pequeñísima e insignificante duda —llené mis pulmones con todo el aire que pude, antes de gritar—: ¿Qué demonios tengo que ver yo en toda esta estupidez?

Berowsky tardó más de un minuto en asomar tímidamente por detrás de uno de los gorilas, tras el que se había refugiado.

—Bien… euh, no podemos despertarle antes de que termine la programación.

Nos arriesgaríamos a quedarnos con un vegetal en las manos. Así que sólo nos queda una solución: meter la mente de otra persona en su mente, en su sueño, para que le convenza de que termine sus investigaciones o las termine por él. De esa forma, se cerrará el ciclo, terminará la programación y despertará automáticamente, quiera o no.

Clavé una mirada rencorosa en los gorilas:

—Envíeles a ellos. Son muy persuasivos, lo sé por experiencia.

—Tendrá todas las ventajas en su mano —continuó Berowsky, sin hacerme el menor caso—. Nuestro cliente no conoce la solución a los «casos-sueño» que le hemos implantado, pero usted sí los sabrá. Tráiganme a Pascal —ordenó a uno de los gorilas. El otro taponó con sus hombros la puerta al quedarme solo. Nada que hacer.

—Podrá adelantársele en todo momento y con toda comodidad.

—¿Y por qué no le dejan dormir tranquilamente? —pregunté—. Si él prefiere no despertar, es asunto suyo, ¿no?

—Sí, por supuesto —admitió Berowsky—. Pero tenemos una reputación que mantener, señor James. En este estadio, «Sueños, S. A.», funciona gracias a una publicidad restringida, boca a boca. Nuestros clientes nos promocionan entre sus amistades, gracias a los buenos resultados obtenidos y la satisfacción de su experiencia. Mucha gente sabe que «El Hombre del Smoking» ha solicitado nuestros servicios. Lo que no saben, es que ha decidido romper las reglas. Un cliente que no despierta puede generar cierta… euh,

desconfianza hacia nuestros métodos.

En ese momento, volvió el gorila.

—Lo siento, profesor, pero no puedo encontrarle. Parece haberse volatilizado.

Berowsky dudó unos segundos, desconcertado, antes de fruncir el ceño y salir disparado, gruñendo una seca orden:

—¡Síganme!

Los dos gorilas me miraron sin saber qué hacer. No podían dejarme solo, así que optaron por llevarme con ellos. Recorrimos varios pasillos tras Berowsky y nos cruzamos con varios técnicos de bata blanca. Todos eran preguntados, pero nadie parecía saber el paradero del hombre que estábamos buscando. El humor de Berowsky iba agriándose por segundos.

Finalmente, nos detuvimos frente a una puerta. Berowsky intentó abrirla, pero estaba cerrada. Hizo una rápida seña a uno de los gorilas y éste cargó con su macizo hombro contra el paño. La puerta cedió como si fuera de cartón.

Entramos tras Berowsky y nos topamos con la peor escena de vodevil barato que había visto en mi vida. La habitación era un dormitorio. A nuestra derecha, sentado en una silla, en calzoncillos y con un periódico en la mano, se hallaba un individuo delgado y medio calvo, intentando aparentar inocencia y tranquilidad. No obstante, es difícil hacerlo cuando eres consciente que estás leyendo un periódico del revés, pero no te atreves a darle la vuelta. A nuestra izquierda, en la otra punta de la habitación, en una cama y tapada con una sábana hasta el cuello, una morena espléndida se entretenía, zurciendo unos pantalones con expresión impasible.

El hombre hizo ver que reparaba en nosotros por casualidad y nos dirigió una sonrisa de circunstancias:

—¡Ah! ¿Me buscaba, profesor Berowsky?

Nadie contestó. El silencio y la inmovilidad aumentaron la incomodidad de la escena. Berowsky abría y cerraba las manos, espasmódicamente, resoplando como un buey en celo.

—Es que… ¡ejem! Se me rompieron los pantalones… —añadió el tipo en calzoncillos— y su mujer… ¡ejem! Se ofreció amablemente para… ¡ejem!… para…

—¡Luego hablaremos de este tema, Pascal! —rugió Berowsky. Luego, se volvió hacia la mujer—. Devuélvele los pantalones. Y,

querida, la próxima vez pon hilo en la aguja. El resultado suele ser mejor.

—Como mandes, querido —y alargó el brazo con la prenda. La sábana resbaló hasta su cintura antes de que pudiera evitarlo. Naturalmente, estaba desnuda. Tuve que fingir una inoportuna tos para disimular la risa que se me escapaba.

Berowsky se giró hacia mí embravecido, pero logró dominarse:

—Señor James, le presento a Pascal *Ferry*, nuestro «programador» principal. Él le dará todos los datos que necesite para lograr su objetivo.

—¿Y la dama? —pregunté, aparentando la mayor seriedad posible.

—Ya habrá adivinado que se trata de… esto, mi… euh, ¡mi esposa! —Y salió del dormitorio como una locomotora.

El programador carraspeó, dando saltitos mientras se ponía los pantalones:

—¡Mucho…!, ¡ejem! ¡… gusto, señor James! ¡Le estábamos…!, ¡ejem! ¡… esperando con impaciencia!

—Estoy seguro —dije, deslizando mi mirada por la sábana que cubría las redondeces de la señora Berowsky. Tapada y todo, logró que la sangre me empezase a hervir en las venas. No podía culpar al pobre Pascal. Pero me temo que, Berowsky, sí.

Un minuto después, nos reuníamos con él en el centro de operaciones, donde se hallaba el cuerpo del «Hombre del Smoking». Pascal sacó de un cajón un grueso tomo de hojas tabuladas, de esas que se utilizan en las computadoras y me las colocó en el regazo.

—Aquí tiene todos los «casos» preparados para nuestro cliente. Empezaremos por el llamado «Octubre»…

—Un momento —le interrumpí—. Si usted es el creador de todas esas ficciones, las conocerá mejor que nadie. ¿Por qué no le meten a usted en la mente del «Hombre del Smoking»?

—¡Ni hablar! —respondió al instante con los ojos desorbitados. No había que ser muy listo para detectar el pánico reflejado en ellos.

—Sí, ¿por qué no? —susurró en cambio Berowsky.

—¡Usted sabe por qué! —aulló *Ferry*, desencajado—. No quiero engrosar la lista de los…

—¡Silencio! —cortó Berowsky, autoritario—. Ya está decidido.

Lo harán los dos.

Estoy seguro que formarán un equipo perfecto.

—Un momento, un momento —dije yo, intentando calmar un poco los ánimos—. No era exactamente eso lo que tenía en mente. Estaba sugiriendo que me reemplazase, no que me acompañe. No pienso entrar en su juego. Primero, porque no me creo una palabra de todo este tinglado. Para mí, esto no es más que un montaje barato, destinado a sangrar abundantemente a los incautos. Y, segundo: porque no me gusta que me obliguen a hacer cosas que no quiero hacer.

—He dicho que está decidido —repitió Berowsky con tozudez—. Hubiera sido preferible contar con su colaboración espontánea, señor James, pero no es imprescindible. No tiene otra opción.

—¡Oh, sí! ¡Yo creo que sí! —le contradije.

—¿Cuál? —preguntó Berowsky, sonriente.

—¡Ésta!

Puse los pies en el suelo y empujé la silla de ruedas hacia atrás, lanzándola contra uno de los gorilas. Antes que el segundo reaccionase, estaba machacando concienzudamente la cabeza del primero, sorprendido y desconcertado por mi acción.

La primera vez me habían cogido por sorpresa. Ahora, era yo el que llevaba ventaja.

El segundo gorila se abalanzó hacia mí con el puño por delante. Me agaché y su puñetazo desconchó la pared. Sólo tuve que levantar mi rodilla, apuntando entre sus piernas. El chasquido me dio escalofríos hasta a mí. El tipo quedó doblado en dos. Me coloqué tras él, apoyé mi pie en su trasero y le empujé de cabeza contra una de las computadoras. Se incrustó en ella hasta el cuello.

Sólo tenía que apoderarme de Berowsky. El me guiaría hasta la salida, si no quería que le administrase el mismo tratamiento. Miré a mí alrededor, antes de lanzar una maldición. Aquel sabio loco era más rápido de lo que había pensado.

Había desaparecido. Tenía que darle alcance o me atraparían en aquella madriguera como a un conejo.

Me lancé hacia la puerta, pero debía estar más desorientado de lo que me pensaba. Reboté contra un muro, como un pelele. Sólo a un idiota como yo, se le ocurre equivocarse de pared.

¿O no me había equivocado? Detrás de mí, se hallaba la

cristalera. A derecha e izquierda, la maquinaria del complejo y, enfrente, el muro. Un simple, liso y compacto muro, sin rastro de puerta alguna. ¿Qué pasaba allí? ¿Habían «camuflado» la salida?

—Le advertí que no tenía opción, señor James —resonó una voz en el aire. La de Berowsky—. Y nuestro negocio no es ningún montaje.

Busqué a *Ferry* con la mirada para pedir confirmación a mis suposiciones o a las palabras de Berowsky… ¡pero no estaba! También había desaparecido. ¡Como los propios gorilas! Me encontraba solo en la sala. ¿Acaso había perdido la cordura?

—Su desconfianza era previsible, señor James —volvió a resonar la voz—. Así que, nada mejor que una demostración práctica de nuestro invento. Todo lo que ha vivido desde su despertar, no ha sido real, sólo una ilusión, un «sueño» programado por nosotros… —Aquí, su voz se hizo más tensa—. Aunque con algunos añadidos propios del… euh, mal gusto de nuestro programador. Usted, en este momento, está dormido junto a nuestro cliente y a punto de entrar en su sueño.

La vista me fallaba. Todo el equipo de la sala empezó a desvanecerse lentamente, convirtiéndose en humo.

—Ya sabe cuál es su misión —anunció la voz espectral—. Cúmplala o nunca despertará. Buena suerte, señor James.

Quise pellizcarme para estar seguro que no dormía, pero no tenía mano. Sólo jirones de niebla en su lugar. Todo mi cuerpo se estaba disolviendo junto al decorado que me rodeaba. Aquello era increíble. Imposible.

Sentí que algo tiraba de mí y me impulsaba hacia la niebla, hacia la nada.

Tenía la sensación de estar cayendo por un pozo sin fondo, viajando sin movimiento. ¿Sería verdad todo lo que me habían contado? ¿Iba a convertirme en parte del sueño de un hombre?

Bien, pronto lo averiguaría.

# CAPÍTULO III

Tras un tiempo indeterminado, la nada gris que me rodeaba empezó a tomar forma: sombras que se espesaban adquiriendo consistencia, luces difusas que se concretaban en forma de bombillas, rumores que se convertían en voces distintivas.

Me sentía confuso, mareado. Me doblé sobre mí mismo, llevándome una mano a la boca para reprimir una arcada y pude ver la parte inferior de mi cuerpo enfundada en unos pantalones negros y elegantes, así como un suelo de baldosas de mármol pulimentadas. Al alzar la vista, me encontré en medio de una lujosa y sofisticada fiesta llena de gente elegante, parlanchina, reunida en grupos, con las copas en las manos.

Pascal *Ferry* se hallaba a mi lado. Vestía de gala, como yo mismo.

—¡Buena la has hecho! —me censuró, visiblemente enfadado.

—¿Yo? ¡No me hagas reír! —Un camarero con una bandeja repleta de copas se acercó a nosotros. Cogí una automáticamente—. ¿Qué… qué significa todo esto?

¿Dónde estamos?

—En uno de los escenarios del último caso —explicó—. El que llamé «El Ladrón de Sombras». Angus tiene que descubrir y vencer al misterioso personaje que roba las sombras a la gente gracias a cierta pistola especial que…

—¡Dioses, que tontería! —Se me escapó, mientras alzaba los ojos al cielo—. ¿Quién puede tragarse una burrada como ésa?

—Bueno… ¡ejem! Nadie pretendía que sonase real. Es una simple ficción para poner a prueba las dotes del «hombre del *smoking*».

—Pero… ¡robar las sombras! Eso lo he leído en decenas de

novelas baratas de pseudo-ciencia-ficción.

—No quisiera presumir, pero… ¡ejem!… saqué la idea de cierto libreto operístico, «La Mujer sin Sombra». Un recurso… ¡ejem! Muy culto y…

—¿Qué puede hacer nadie con un montón de sombras? —insistí.

—La sombra representa, ya sabe, la parte oscura, tenebrosa, de la personalidad realidad, lo que pretende el ladrón de Sombras es… ¡ejem!

—Enterado, pero aquí hay algo que no concuerda —de repente, ese timbre de alarma que todos llevamos en la cabeza y del que no hacemos caso 99 veces de cada 100, se había puesto a repiquetear como un loco—. Si hace un momento estaba «soñando», ¿cómo pudo Berowsky hacer desaparecer puertas y gente? Creía que no podía interferir en los sueños y que por eso no podía despertar a Angus…

—Y no puede. No podemos —confirmó—. Pero se introdujeron ciertas modificaciones tras lo ocurrido con «el hombre del *smoking*». Y se está trabajando para añadir unas cuantas más. Estamos intentando, incluso, visualizar los sueños de nuestros clientes por medio de una pantalla. Pero todavía se halla en fase experimental. No nos ha dado tiempo de…

—Está bien, olvídalo. De momento, estoy dispuesto a seguir el juego —acepté—. Busquemos a ese detective millonario de pacotilla y yo me encargo de convencerle de que despierte. Si es necesario, le convenceré por las malas. Después de todo lo que estoy pasando por su culpa, será un placer.

—Yo de ti no lo haría, Indy —advirtió Pascal.

—¿Por qué? ¿No hemos venido para eso? —Cada vez me sentía más perplejo—. ¿En qué quedamos?

—Hay que ser un poco más sutil —explicó—. Verás, éste es el sueño de Angus y él fija las reglas. Excepto unas cuantas directrices que yo le he implantado para que le sirva de guía en sus investigaciones, este… digamos mundo, está controlado por Angus, por su mente. Puede hacer lo que quiera: volar, nombrarse rey de Inglaterra o freímos el cerebro con un gesto. De hecho, es una de sus diversiones favoritas.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Acaso creías ser el primero a quién se le pide ayuda? —

preguntó Pascal—. Eres él cuarto, Indy. No sabemos exactamente lo que le hizo a los tres primeros, pero a juzgar por sus gritos de agonía, debió ser muy desagradable. Sólo sé que nos encontramos con tres cadáveres en las manos y sus cerebros reducidos a gelatina.

—¡Genial! —estallé—. Vamos fuera, necesito un poco de aire fresco para aclararme las ideas. O los sueños, ¡yo qué sé!

Nos abrimos paso entre los invitados hasta unas enormes puertas de vidrio que daban a un jardín. Desde nuestra posición, podíamos ver la entrada de la casa.

El agónico estertor de un motor pidiendo a gritos la jubilación, llegó hasta nosotros.

—O mucho me equivoco, o nuestro héroe está entrando en escena —advirtió Pascal.

Un viejo y baqueteado sidecar hizo su aparición, sorteando hábilmente los Mercedes y Rolls Royces aparcados en el jardín, hasta detenerse frente a la puerta. Un anciano diminuto conducía la moto, vestido con un impecable traje de mayordomo y coronado por un casco de cuero de principios de siglo. Del sidecar, propiamente dicho, bajó «el hombre del *smoking*» con un cubo de metal del que asomaba el gollete de una botella de *champagne*. Se apresuró a traspasarlo a su criado-chófer para atusarse debidamente su vestimenta.

—Podías haberle proporcionado un transporte más digno, ¿no?

—¡Oh, no me eches la culpa de eso! —se disculpó Pascal, apresuradamente—. El sidecar existe en la realidad. Angus le llama «Ballena», un apelativo cariñoso. Es un detective genial, pero un tacaño de cuidado. Ya tendrás ocasión de comprobarlo.

—¿Y su acompañante?

—Se llama Lim y es mudo. O algo así. Sólo dice una palabra al día, creo. Me explicó la historia, pero era tan complicada que me perdí a la mitad. Tenía algo que ver con «El Caso del Destripador Aullante».

Angus, seguido de su mayordomo, empezó a subir la escalinata de acceso a la casa. En la puerta le esperaba una pareja para hacerle los honores.

—Es el matrimonio Samper —aclaró Pascal antes que le preguntase nada—. Los dueños de esta mansión. Son los que le han encargado el caso, después que uno de sus periodistas más

vitriólicos fuese víctima del Ladrón de Sombras. George Samper es el propietario de un periódico llamado *El Libelo Matutino*. Eso sí es cosecha mía. Brillante, ¿eh?

No tuve corazón para darle una opinión sincera. Creyó que estaba de acuerdo y siguió con sus explicaciones:

—El periodista en cuestión, un pájaro de cuenta llamado James Shore, debe andar por la fiesta sirviendo de atracción a los invitados. Una vez despojado de su sombra, se ha convertido en un ser de lo más amable y bondadoso. Terrible, ¿no?

—Sí. Tiene poco futuro —acepté.

Estábamos demasiado lejos para escuchar las palabras de bienvenida, pero, tras estrechar ceremoniosamente la mano de Samper, Angus abrazó a la esposa de su anfitrión, doblándola hacia atrás y estampándole un beso espectacular.

—Ella es un personaje… ¡ejem! Ligero de cascos —dijo Pascal, sonriendo, a modo de disculpa—. Naturalmente, la programé para que se enamorase en el acto de Angus. Él tiene la teoría de que las clientas siempre acaban enamorándose de los detectives privados, así que sólo le allané un poco el camino.

—Volvamos al salón —dije—. Quiero observar de cerca a ese tipo.

# CAPÍTULO IV

Llegamos a tiempo de ver cómo el matrimonio Samper conducía a su invitado hasta el mayor de los corros formados en la fiesta. Al abrirse éste para permitirles el paso, distinguí en el centro una figura que sonreía bobaliconamente. Debía ser el periodista.

—Será mejor que Angus no me vea de momento —advirtió Pascal—. Recuerda que me conoce. Si me necesitas, andaré por ahí.

Y trotó hacia un par de despampanantes jovencitas. Yo me agregué al corro.

—… como ve, puede iluminarle cómo y con lo que quiera —explicaba el anfitrión—. No proyectará ninguna sombra.

Angus se mesó pensativamente el mentón, en el que podían verse cuatro pelos aislados. Su *smoking*, su famoso *smoking*, le venía ancho por todas partes, dándole un aspecto más bien desastrado. El detective era alto, de pelo rubio, desgreñado, y con un flequillo que le ocultaba la frente. Llevaba monóculo y fumaba en una larga y sofisticada boquilla.

—Eso parece, naturalmente —exclamó, confirmando las palabras del empresario—. Tendré que examinarle a fondo. Desalojen aquella mesa. Usted, desnúdese, señor Shore.

Angus hizo acostarse al periodista en la mesa, mientras se colocaba una mascarilla de cirujano.

—Lim, la sierra —ordenó, extendiendo una mano hacia su criado.

El sirviente extrajo el instrumento médico de uno de sus bolsillos, depositándolo en la mano del otro con el típico golpe amortiguado. El detective empezó a serrar expertamente el cráneo de su «paciente». Después, manipuló el cerebro sin mucho miramiento, provocando más de un desmayo entre los invitados que

observaban sus evoluciones.

—Escalpelo —volvió a ordenar Angus.

No tardó ni un segundo en tener uno en las manos. Trazó un surco sangrante en el estómago de Shore, introdujo los dedos de las dos manos en el corte y tiró con fuerza hacia ambos lados. El vientre del periodista se abrió como una explosión, salpicando de sangre a los invitados que habían resistido. Otro grupo se alejó de la mesa, pugnando por no vomitar sobre el pavimento.

Angus sacó a puñados las vísceras, aún palpitantes, colocándose sobre el pecho del propio Shore, que no hacía más que sonreír plácidamente y canturrear, muy divertido.

Todo aquello era irreal. Tenía que serlo. Angus estaba manipulando la escena a su antojo. Su criado no podía tener en el bolsillo todo un equipo quirúrgico, ni el periodista habría soportado una vivisección como aquélla sin morir aullando de dolor.

Pero allí, Angus era un rey, un dios, y se divertía a su manera.

Después, cortó la caja torácica con unas enormes tenazas para llegar al corazón y los pulmones que descuartizó expertamente. Bueno, eso supongo. Yo tampoco había podido resistir la sesión y, en un rincón de la sala, tragaba saliva a marchas forzadas para no vaciar mi estómago.

Cuando terminó su autopsia, sobre la mesa no quedaba más que un informe montón de carne picada, cuya sangre se derramaba a coagulados chorros sobre el suelo.

—Estaba en lo cierto —exclamó por fin, triunfante—. La pérdida de sombra no altera el metabolismo básico de la víctima. Físicamente, estaba en perfectas condiciones. Un dato a tener en cuenta.

Con un simple gesto, hizo desaparecer todo rastro de la carnicería: periodista, instrumental… Incluso las manchas de sangre que adornaban profusamente su *smoking*.

Samper, el dueño del periódico, se acercó a él con una botella en la mano, dispuesto a llenar la vacía copa de Angus:

—¿Un poco de *champagne*?

—Naturalmente —aceptó Angus, girando de inmediato sobre sus talones y presentando la copa a su criado.

Samper, sin tiempo para reaccionar, vertió un generoso chorro de *champagne* sobre sus propios zapatos, antes de darse cuenta que

le había quitado la copa.

—Sólo bebo de mi propia marca, gracias —explicó «el hombre del *smoking*», condescendiente—. Tengo mis propios viñedos en España, en una región cercana a Sant Sadurní d’Anoia.

Corteses muestras de admiración y asentimiento brotaron de las gargantas de los invitados, mientras Samper secaba sus empapados zapatos gruñendo por lo bajo.

Una nueva figura se acercó al grupo. Gruesa, casi totalmente calva y con un enorme mostacho cubriéndole el labio superior. Podía apreciarse que se encontraba incómodo con la ropa de gala. Samper le hizo una seña para que se colocase frente a Angus.

—Permítame presentarle al comisario de policía Martin. Está encargado del caso. Supongo que tendrán mucho de qué hablar.

El comisario alargó la mano, sonriendo forzadamente, pero Angus no correspondió al gesto. Entrecerró ligeramente los ojos sin dejar de observar concienzudamente al policía y se movió como un relámpago, lanzándole un soberbio derechazo a la mandíbula.

—Los policías y los detectives siempre nos llevamos mal —explicó con una sonrisa—. Hubiéramos acabado peleándonos, lo presentía. Así que me he adelantado a los acontecimientos… ¡como siempre!

Suaves aplausos y sonrisas de complicidad se alternaron entre los invitados-espectadores. ¡Dioses, aquel egomaníaco se lo estaba pasando en grande!

Ya tenía bastante de aquella charada, así que me dediqué a buscar a Pascal, pero parecía haberse perdido de vista. Localicé a las dos chicas a quiénes les había echado el ojo. Estaban sentadas en una mesa con las copas en la mano y con expresión ausente. Pero del «guionista», ni rastro.

De repente, una de las chicas, pareció dar un respingo, antes de volver a su posición anterior. Perfecto. Comprendido.

Me acerqué a la mesa, sonriendo a las chicas y, una vez junto a ellas, lancé una patada por debajo del mantel. Escuché un ahogado gemido y, un segundo después, Pascal salía de debajo, intentando vanamente componer su aspecto.

—Estaba… euh, ocultándome de Angus. Ya te dije que no convenía que me…

—Os lo devuelvo enseguida, chicas —le corté, viendo la expresión desconsolada de ambas jovencitas.

—Oye, ¿no pensarás que yo…?

—Prefiero no pensar nada —volví a cortarle—. Y esconde esas bragas que asoman del bolsillo superior de tu chaqueta.

Pascal se apresuró a enterrarlas en las profundidades del bolsillo, enrojeciendo visiblemente.

—Ya he tenido bastante con lo que he visto —admití—. Quiero terminar este asunto cuanto antes.

—Ya somos dos.

—¿Seguro? —Y dirigí una intencionada mirada a las chicas.

—Bueno, yo… esto… ¡ejem!

—Está bien, no importa. Según parece, la única forma de que Angus termine con sus delirios paranoicos en este mundo de sueños, es despertándole. Y, para despertarse, necesitamos que complete la programación. ¿Voy bien?

—Más o menos.

—Y para terminar la programación ha de resolver todos los casos programados.

¿Queda alguno después de éste?

—No. Es el último.

—Entonces, si Angus no quiere revelar la identidad del famoso Ladrón de Sombras, lo haremos nosotros. Si tú has preparado el argumento, debes saber quién es el culpable, ¿no?

—¡Pues claro!

—Pues ya estás soplándomelo. Ahora mismo.

—¡Oh, oh!

—¿No podías buscarte otro nombre más normal?

—No hablaba del Ladrón de Sombras. No mires, pero Angus me ha descubierto…

¡Viene hacia aquí!

Apuré mi copa a hice ver que buscaba otra para alejarme un par de pasos.

Parapetado tras un criado, di media vuelta para poder ver a Pascal y Angus. Se hallaban frente a frente y el guionista parecía estar pasando un mal momento.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Mira quién tenemos aquí! —exclamó festivamente el detective—. Al programador-jefe en persona.

—¡Ejem! Hola, Angus. ¿Qué… ¡ejem! Qué tal te va?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. Tú creaste este sueño, este caso.

—Y tú deberías haberlo resuelto ya. Has tenido tiempo más que suficiente.

—Sí —admitió Angus—. Pero, como ya habréis imaginado, no tengo la menor intención de hacerlo. ¿Qué me espera en el mundo real? Un aburrimiento mortal, un tedio infinito. Prefiero seguir soñando y resolviendo enigmas interminablemente.

—¿Enigmas? —Pascal parecía sinceramente desconcertado—. ¿Qué enigmas?

Sólo programé tres y…

—No hablo de tus estúpidos casos imaginarios, naturalmente. Los dos primeros no se me resistieron más de cinco minutos de tiempo real, más o menos. Y, éste, es tan infantil…

—Entonces, no comprendo…

—¡Vamos, vamos! ¡Apelo a tu fantasía! Sé que «Sueños, S. A.» no se puede permitir el lujo de tenerme dormido toda la vida. Sus clientes sospecharían algún fallo en el sistema, algún accidente imperdonable. Las murmuraciones y la desconfianza echarían al traste con la organización. Sólo tienen un recurso: infiltrar gente en mis sueños para que me convenzan o me obliguen a terminar los casos. ¿Comprendes ahora, mi buen Pascal?

—Cre… creo que sí… —balbució Pascal.

Y yo, también. El «hombre del *smoking*» había encontrado el caso perfecto, apasionante, infinito. Sólo tenía que hacer caso omiso del enigma planteado por «Sueños, S. A.» y esperar a que llegasen los enviados de la compañía. Personalidades distintas, infiltradas en el sueño, que él debía descubrir, antes que le forzasen a terminar la programación. Un reto continúo para sus facultades detectivescas.

Y con todas las ventajas del mundo. Si él ganaba, si descubría al infiltrado, podía eliminarle con toda la facilidad del mundo. El imponía las reglas en su mente. Si era descubierto, sólo arriesgaba un despertar sin problemas. ¿Quién podía acusarle de haber matado a todo un escuadrón de infiltrados, si nadie tenía en esos momentos acceso a su mente? Podía alegar lo que quisiera: desde fallos mecánicos en el equipo de «Sueños, Sociedad Anónima», a la acción del imaginario Ladrón de Sombras.

Le hubiera admirado de no ser por un pequeño detalle. Su próxima víctima, era yo.

# Capítulo V

—Me habéis decepcionado, Pascal —sentenció «el hombre del *smoking*»—. ¿Por qué has venido tú? Te conozco de sobra. Lo sabéis. Lo sabes. No me será difícil eliminarte.

—Cre… creíamos que podría convencerte… —respondió con poca convicción Pascal.

—¿O quizá tu presencia esconde la de otro enviado? —contrarrestó Angus, sospechoso.

Sentí que se me erizaba el pelo en la nuca. Intenté mezclarme todavía más entre la gente de la fiesta.

El detective alargó el brazo hacia atrás, hacia su criado:

—Más *champagne*, Lim. Bien, sea como sea, debo eliminarte antes de concentrarme en la búsqueda de tu supuesto cómplice. Vamos a ver, ¿cómo te gustaría morir?

—No tengo preferencia —contestó Pascal—. Quiero decir, que prefiero no morir.

—Pero es inevitable, querido amigo… —sentenció Angus, llevándose la copa ya llena a los labios.

—No del todo —y el programador sonrió por primera vez, mirando indistintamente al detective y su criado—. Puedo terminar con este juego, descubriendo públicamente al Ladrón de Sombras…

—¿Y perderás tus últimos minutos de vida hablando en lugar de… —Angus hizo un gesto displicente con la mano y, junto a Pascal, se materializó la mujer más increíble que haya visto en la vida—… de «complacer» a una de tus más fervientes fans?

La chica se pegó a Pascal como una lapa, acariciándolo lascivamente, susurrando en su oído.

—Yo… No lo conseguirás, Angus…

Pero toda su firmeza se desmoronaba como un helado en pleno

desierto, mientras la chica deslizaba la lengua por su cuello y su mano desaparecía en las profundidades de su bragueta abierta.

—El Ladrón de… Sombras es…

La boca de Pascal quedó abierta por la de la chica, sin que él hiciera ningún intento por librarse. El beso se prolongó a lo largo de uno, dos, tres minutos. Cuando terminó, el guionista boqueaba como un pez fuera del agua, sin apartar los ojos de la chica.

—¡Dios mío, perdóname! —gimió, antes de abrazarla con desespero.

—¡Ah, Pascal! ¡Las mujeres siempre han sido tu perdición! —rió Angus, seguro de sí mismo—. ¡Morirás feliz, te lo aseguro!

Y dio media vuelta, alejándose de la pareja, seguido por su fiel criado. Momento que aproveché para acercarme al programador.

—Ya se ha ido. Suelta a la chica y volvamos al trabajo.

—¡Estás loco! —Escupió con los ojos inyectados en sangre—. ¡Déjame en paz! ¿A quién le interesa el maldito trabajo? ¡Estoy hasta las narices de Berowsky y sus jodidos sueños! ¡En la vida hay algo más que trabajo y yo lo voy a conseguir!

La chica se desprendió hábilmente de su abrazo para dejarse caer sobre mí, susurrando las proposiciones más increíbles que jamás hubiera escuchado con su voz cálida, acariciante, casi hipnótica. Tuve que hacer un esfuerzo para apartarme de ella.

Atontado, salí a una de las balconadas que daban al jardín para respirar un poco de aire fresco. En el césped, como un borracho o un pelele, se hallaba el comisario de policía. Y, a su lado, se movía una extraña sombra. Parpadeé, intentando enfocarla mejor. No, no era una sombra, era un hombre vestido de negro, un hombre increíblemente alto, con una amplia capa que escondía su figura y un sombrero de ala ancha, todo del mismo color. Unas gafas opacas me escondían hasta sus ojos.

La luz del salón arrancó un destello en la figura, en algo metálico semioculto por la capa. Parecía… era, una pistola.

¡El Ladrón de Sombras!

El policía se estaba recuperando del golpe, cuando fijó su mirada en la extraña figura que se agazapaba junto a él. Su rostro se distendió de horror y abrió la boca para gritar. Sacudiendo la cabeza para despejarme, me dispuse a saltar contra el atacante.

Pero no tuve tiempo. Una explosión de luz estalló frente a mí,

cegándome unos instantes. Sólo pude escuchar el grito agónico del policía, mezclado con una risa salvaje, burlona, la del Ladrón de Sombras. Ya tenía una nueva víctima que apuntar a su lista.

Una figura saltó a mi lado hasta el césped, cayendo encima del atacante. Pude reconocer en ella al «hombre del *smoking*». Aun a su pesar, había terminado encontrándose con su enemigo. Si lograba dominarlo, aquella pesadilla habría terminado.

Nuevas sombras se desprendieron de árboles y macizos florales para converger hacia los dos hombres que forcejeaban en el césped. Por lo visto, El Ladrón de Sombras se había traído algunos amigos. Bueno, aquélla era una pelea de dos y yo me encargaría de que siguiese así.

Salté la balconada y caí al césped, arrastrando dos de los atacantes conmigo.

También iban vestidos completamente de negro, incluida una capucha, pero sin capa ni sombrero. Y, afortunadamente, tampoco llevaban pistola.

Rodé sobre mí mismo para evitar quedar bajo los cuerpos y me levanté de un salto. Todavía no se habían incorporado mis enemigos. Uno se hallaba de cuatro patas en el césped, así que aproveché su posición para romperle la mandíbula de una patada. Se desplomó sin un solo gemido. Me rodearon tres sombras más.

Una se abalanzó hacia mí, pero la esquivé al tiempo que levantaba la rodilla.

Tuve la sensación de que me había partido la rótula, pero aquel tipo no se levantaría de nuevo. Apoyarme era una agonía para mi pierna y no pude esquivar al siguiente.

Un uno-dos, rápido y efectivo, dio con mis pobres huesos en el suelo. Para ser criaturas imaginarias, sus golpes resultaban tremendamente sólidos.

Levanté ambos pies en el aire y el más ansioso me golpeó las suelas con su cara.

Una temeridad. Rodó por el suelo, pero se levantó de inmediato. No sé de dónde habían salido, pero ahora eran cuatro las silenciosas figuras que me tenían en jaque.

Eché un rápido vistazo hacia Angus y el Ladrón de Sombras, y las cosas tampoco parecían ir muy bien para el investigador

millonario. Su contrincante había conseguido liberarse de su abrazo y le apuntaba con la extraña pistola. El momento de vacilación del «hombre del *smoking*» fue aprovechado por el otro para golpearle la cabeza con su arma. Lanzó un silbido, dio media vuelta y corrió velozmente hasta desaparecer entre los árboles del jardín.

Cuando me disponía a enfrentarme con mi ración de enemigos, me di cuenta que ya no me rodeaban. Apenas conseguí distinguirlos tras su amo.

Me acerqué hasta Angus, cuando ya se incorporaba. En su mano derecha, aferraba un objeto.

—¿Qué es eso? —pregunté, interesado—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Lo llevaba ese puerco, colgado del cuello —me explicó el detective.

Abrió la mano y ambos pudimos ver un extraño medallón grabado con caracteres desconocidos. No soy ningún genio, pero poseía los conocimientos necesarios para saber de qué se trataba. Por la expresión de su rostro, adiviné que Angus también conocía las runas.

Y significaban problemas.

Aunque debía postergarlos. Tenía otro más inmediato. Angus me estaba mirando intensamente, preguntándose quién era aquel desconocido que había acudido en su ayuda. ¿Debía esfumarme o confiar en él y explicarle mi presencia?

—Me llamo Indiana James —me presenté para ganar tiempo.

—Indiana ¿qué?

—James. Y no se confunda —dije, picado por la burlona sonrisa que empezaba a aparecer en sus labios.

—¡Oh, claro! ¡Claro! —Y estalló en carcajadas, lo que no contribuyó a mejorar mi humor—. ¡Qué estupidez! ¡Sólo al idiota de Pascal se le ocurriría crear un personaje así! ¡Santo Cielo, esto bordea el límite de lo ridículo!

Y siguió riendo. ¿Qué podía hacer yo? ¿Romperle la cara por tomarme a cachondeo o dar saltos de alegría por pensar que sólo era un personaje, fruto de la calenturienta mente de un programador de sueños?

—¡Naturalmente! —gritó Angus, exultante, colocándome una mano en el hombro—. Todo Sherlock Holmes que se precie ha de

tener su Watson. Tú debes ser el personaje creado para desempeñar ese papel. Los músculos que respaldarán mi cerebro. La fuerza bruta, repugnante, pero necesaria en este mundo cruel y salvaje.

Desde luego, lo que no le faltaba era literatura.

—A partir de ahora vendrás conmigo, Indiana James —sentenció decididamente, alargando la mano hacia un lado. Su criado se apresuró a depositar en ella una copa de *champagne*.

—Según veo, ya tiene su propio Watson —aduje débilmente, señalando al mayordomo.

—¿Lim? —se extrañó el detective—. ¡Oh, no! ¡Demasiado silencioso! ¡Ahora, vamos, tenemos trabajo!

Dudé una fracción de segundo. Separarme de Pascal podía ser peligroso. No sólo sabía las claves para desenmascarar al Ladrón de Sombras, no sólo sabía su identidad, sino las pautas de comportamiento en aquel mundo a medida del «Hombre del Smoking». Yo podía cometer fácilmente algún error y descubrirme ante el detective.

—¿A qué esperas? —apremió con sospecha.

Lo seguí hacia la fiesta y atravesamos el salón a toda velocidad, entre el ceremonioso aplauso de los invitados. No había conseguido detener al Ladrón de Sombras, pero le había puesto en fuga. ¿Respondería ese aplauso a la programación o era un homenaje de Angus a su propio ego? No podía saberlo sin Pascal.

¡Pascal! Le busqué con la mirada, pero no pude divisarlo. Andaría perdido por cualquier habitación con aquella arpía libidinosa. Bien, él se lo había buscado. No podía despegarme del detective sin que sospechase que yo podía actuar por iniciativa propia y, por tanto, no formaba parte de los «extras» del sueño.

Una vez junto a su sidecar, Angus se volvió hacia su mayordomo particular:

—Ve a casa, Lim —ordenó—. Nos veremos luego. De momento, usaré a «Watson» James como chófer.

Le arrebató el cubo de hielo de las manos y se situó en el sidecar, esperando que yo tomase mi puesto en la moto. Lo hice y nos pusimos en marcha. ¿Hacia dónde?

Buena pregunta.

—¿A dónde nos dirigimos? —Trasplanté mi duda a Angus.

—¡Ah, sí! Me olvidaba que un personaje de mi sueño no puede

tener iniciativa propia —exclamó. Bien. De seguir así, nunca sospecharía que yo era un intruso—. A Denmark Street. Allí tengo mi bicicleta.

Apenas llevábamos cinco minutos de viaje, cuando la vieja moto empezó a sacudirse como una yegua asmática. Se estaba quedando sin combustible.

—*¡By Jove!*— se asombró Angus. —¡Pero si apenas hace un mes que llené el depósito!— paramos frente a una gasolinera y el detective me hizo un gesto displicente. —Paga tú, Indiana. Yo nunca me rebajo a llevar moneda suelta.

Rogué porque Pascal hubiera pensado adjuntar algún dinero en los bolsillos de mi *smoking*. No había problema. Mi cartera contenía un buen fajo de billetes. Cinco minutos después, llegábamos a nuestro destino sin más complicaciones.

El edificio que Angus había llamado su «biblioteca», tenía un aspecto increíblemente viejo y destartalado. Necesitaba un urgente apuntalamiento, pero eso no parecía preocupar al detective. Conociendo su tacañería, probablemente esperaría a que se derrumbase, antes de trasladar sus pertenencias a otro tugurio similar.

Angus llamó al timbre y, tras unos minutos de espera, me llevé la enésima sorpresa de la noche: era el viejo Lim quién había acudido a abrir la puerta.

—Pero… —Se me escapó—. ¿No le habíamos dejado en la fiesta? ¿Cómo ha podido llegar antes que nosotros?

—¡Oh! No es Lim —aclaró el detective, sonriente— sino su hermano. Son quintillizos… ¿o quizá sextillizos? Veamos: uno en casa, otro aquí, otro más en mi Sala de Trofeos de
St. Anne’s
Court, un cuarto en mi bodega de Dawson, el quinto en mi despacho de Downing Street… Creo que, definitivamente, son siete. En fin, ¡qué más da!

Precedidos por el mayordomo —¿o debería decir bibliotecario?— entramos en la casa. Todas las paredes, absolutamente todas, estaban cubiertas de polvorientas estanterías, repletas de no menos polvorientos libros. A juzgar por algunos de los títulos que pude leer sobre la marcha, todos primeras ediciones, aquel ruinoso edificio debía encerrar una verdadera fortuna.

—Lam, necesito consultar «Filología Céltica», de Weinbaum —dijo Angus en cuanto llegamos a lo que parecía el salón principal. Allí teníamos un par de mesas, una chimenea encendida y la inevitable cubitera con su botella de *champagne* correspondiente. Cualquiera diría que el criado estaba esperando a su amo—. Sírveme una copa, Indiana.

Lo hice, mientras el mayordomo desaparecía de la sala. Estuve a punto de servirme una copa a mí, pero no estaba seguro que esa «libertad» entrase en las atribuciones de un personaje ficticio, así que decidí abstenerme.

Lam, siempre en completo silencio, regresó con un enorme y antiquísimo volumen, lleno de telarañas, que depositó sobre una de las mesas. Angus se abalanzó sobre él, impaciente, colocando el medallón frente a él. Me moví con disimulo, colocándome tras el detective, de forma que pudiera leer las páginas del libro por encima de su hombro.

Pasando páginas y tomando notas a una velocidad que me dejaba fuera de juego, Angus tardó menos de media hora en descifrar los caracteres rúnicos grabados en el medallón.

—Sí, naturalmente… —susurró, más para él mismo que en mi beneficio—. Tal como suponía. El medallón indica qué días son más favorables para la recolección de sombras… Y estamos en un período especialmente propicio… ¡sobre todo, mañana! Un buen día para quedarse en la cama, pues —alzó su mirada hacia mí—. No queremos atrapar al Ladrón de Sombras en plena faena, ¿verdad, Indiana? Eso terminaría con la diversión.

Precisamente, lo que él quería evitar y yo me encargaría de acelerar.

—¡Magnífico recuerdo, *by Jove*! —siguió murmurando, mientras daba vueltas al medallón en sus manos—. Es una digna pareja de su gemelo. Lo colocaré junto a él en mi Sala de Trofeos.

¡Con razón había descifrado tan rápidamente los caracteres del medallón! No había tenido que traducirlos, sino sólo asegurarse que eran los mismos que ya conocía.

—Bien, mi fiel ayudante —dijo confiadamente—. Ya no te necesito. Desaparece.

—Te llamaré cuando llegue el momento adecuado —y salió de la habitación bostezando.

Por fin tenía las manos libres para actuar a mi antojo. Y lo primero que debía hacer era conseguir una transcripción de lo que el medallón tenía grabado. Quizá, además de los momentos favorables para «conseguir» sombras, me diese alguna pista sobre los lugares más adecuados para cosecharlas. Tenía el libro al alcance de la mano y él mismo me había dicho dónde encontrar un medallón similar: en su Sala de Trofeos de… ¿dónde era? ¡Ah, sí!, en St. Anne's Court. Si conseguía averiguar dónde actuaría el Ladrón de Sombras al día siguiente, ya me encargaría de impedir que se saliese con la suya.

Con la «Filología Céltica» bajo el brazo, salí de la casa. Tanto Angus como Lam, parecían haberse esfumado. Seguramente, alguna de las habitaciones de la casa debía servir de dormitorio.

Volveremos a vernos, «hombre del *smoking*». Pero quizá, la próxima vez, las tornas hayan cambiado y seré yo quien controle los hilos de esta farsa.

## Capítulo VI

No me atreví a utilizar a «Ballena». Angus no me había «ordenado» que me la llevase y el ruido de su motor hubiera podido alertarle. De todas formas, no tenía que ir muy lejos.

Londres tenía el aspecto de una ciudad fantasma. Estaba vacía, desolada, sin vida. Pascal había precisado el escenario de la aventura, había programado que transcurriese en Londres, pero, lógicamente, no se había preocupado de incluir en el sueño todos y cada uno de los aspectos que forman el ambiente de una ciudad. Los edificios estaban allí, pero los coches, la gente, el ajetreo propio de una metrópolis, brillaba por su ausencia. Probablemente, sólo existiría un ambiente normal alrededor del detective para que éste tuviera la impresión de que estaba «viviendo» en lugar de «soñando». Lejos de su presencia, todo tenía un aspecto irreal, fantasmagórico, muerto.

St. Anne's

Court era un estrecho y corto callejón, cerca de Picadilly Circus. No tuve ninguna dificultad en hallar la Casa de Trofeos del «hombre del Smoking». La mayor parte de los edificios habían sido derruidos para construir una monstruosidad de acero y vidrio. Sólo quedaban en pie dos vetustos edificios. En uno de ellos, un cartel luminoso anunciaba un bar gay. Me acerqué al otro.

Podía llamar a la puerta o intentar forzar una de las dos ventanas que daban a la calle. No sabía cómo reaccionaría el criado de Angus a mi petición, ni siquiera estaba seguro que tuviera vida propia tan lejos de su amo. Así que opté por la segunda opción, rogando por no equivocarme.

Me envolví el puño en un pañuelo y rompí uno de los cristales con los nudillos.

Meter la mano por el agujero y descorrer el pasador, fue un juego de niños.

Toda la planta baja era una inmensa sala, llena con los más variados e increíbles objetos. Encender las luces me pareció forzar demasiado la suerte, así que intenté orientarme con la poca luz que se filtraba desde el exterior. En un enorme frasco lleno de un líquido transparente —seguramente, formol— flotaban un repugnante amasijo de entrañas bajo la leyenda: «El Caso de los Intestinos Reptantes». Un descomunal loro disecado era el recuerdo —o el trofeo— de «El Caso de las Cotorras Afónicas». Un extraño pedrusco fosforescente se hallaba junto al rótulo de «El Caso del Color que Ascendió del Infierno». Otro letrero con la leyenda «El Caso del Vampiro Piadoso» estaba clavado a un cojín de seda por un crucifijo terminado en punta, como una estaca.

Por fin, encontré un rótulo prometedor: «El Caso del Druida Cuerdo». Pero, bajo él, sólo había una urna vacía. ¿Se me había adelantado el Ladrón de Sombras, deseoso de recuperar su medallón, o aquella urna sólo había contenido un trozo de túnica raída? ¿Quizá un trozo de pergamino, transformado en polvo por los años?

Para averiguarlo, tendría que recorrer todo aquél «museo». Si no encontraba el medallón, no tendría más remedio que desechar la pista. Mi única pista.

No pude proseguir. Apenas di un paso más, las luces de la sala se encendieron deslumbrándome. ¿Un mecanismo automático o…?

Unas escaleras de caracol, situadas junto a la pared del fondo, llevaban hasta el segundo piso. Al pie de ellas, con la mano todavía sobre el interruptor de la luz, Lim o Lam, o cualquier de sus gemelos me contemplaba fijamente, inmóvil, silencioso.

—Me llamo Indiana James —me presenté, tanteando el terreno —. Y estoy ayudando a tu señor a resolver el caso del Ladrón de Sombras…

El mayordomo no movió un solo músculo.

—Me envió a por un medallón celta —señalé la urna vacía—. Debería estar aquí, ¿no?

No obtuve respuesta. Por un segundo, dudé. Ya no sabía si me estaba dirigiendo a un ser «vivo» o a una estatua, recuerdo de «El Caso del Típico Mayordomo Culpable», o algo así.

—Puedes llamarle si quieres —apunté a la desesperada—. Está en su casa-biblioteca, en Denmark Street. ¿Cómo iba a saberlo yo, si no estuviera colaborando con él, eh?

Definitivamente, era una estatua…

… hasta que movió su dedo y apagó la luz.

Di media vuelta para dirigirme hacia la ventana, pero ésta pareció desaparecer tragada por la oscuridad. Un instante después, sucedió lo mismo con la otra. Pude percibir el roce de una tela pesada. Había corrido las cortinas, privándome de cualquier átomo de luz que me orientase. Sabía perfectamente donde estaban situadas, así que, a malas, cogería carrera y me lanzaría a través de una de ellas. Al diablo con tantas precauciones.

¡Tchunk!

Sentí una ardiente sensación en mi pierna y, mi mano, tropezó con algo frío, metálico. Algo clavado en un mueble, junto a mí. Reconocí la forma de un cuchillo. Me había rozado antes de hincarse. No me lo pensé dos veces, antes de lanzarme de bruces al suelo.

Intenté arrastrarme, pero mi cabeza chocó contra un pequeño pilar y el objeto pesado que sostenía rebotó sobre mi hombro, rompiéndose con estrépito cristalino.

Rodé sobre mí mismo para alejarme de aquella posición. Ninguno de los dos podíamos ver nada —o eso esperé— pero aquel tipo se pasaba la vida entre los trofeos de Angus. Debía conocerse la sala palmo a palmo. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Alcé la cabeza intentando situar la posición de las ventanas, pero me di cuenta, con horror, que estaba desorientado. ¿Hacia qué lado había rodado? Hacia la izquierda, seguro. Entonces, las ventanas deberían encontrarse en… Repté lo más silenciosamente posible hasta topar con lo que supuse era la pared. Tanteé por ella, un poco por encima de mi cabeza, pero no hallé rastro de ninguna ventana. ¡Mierda, me había equivocado!

Escuché un siseo detrás de mí y me dejé caer hacia un lado. Algo me rozó y se clavó profundamente en el suelo de madera. Un segundo más y el viejo Indy estaría, en este momento, partido por la mitad.

Vuelta a empezar. Estaba frente a la pared equivocada, así que algo tenía ganado.

Sólo me quedaban tres por explorar. Giré un poco sobre mí mismo, antes de avanzar.

Todavía no había dado tres pasos, cuando la luz volvió a encenderse. Parpadeé, momentáneamente cegado. Al fondo, apenas pude distinguir la silueta del mayordomo, exactamente en la misma posición que estaba antes. ¿Sería una estatua después de todo? No. Ahora, sonreía. Busqué las cortinas con la mirada, pero, antes de encontrarlas, descubrí al criado junto a mí, apenas a un paso de distancia. No, no era el mismo. El otro seguía junto al interruptor de la luz. Se trataba de otro de los gemelos y portaba una maza en las manos. Atacó antes de que pudiera reaccionar.

Sólo acerté a mover el hombro para que recibiera el impacto. La explosión de dolor me lanzó contra el suelo. Intenté levantarme, pero el brazo me falló. Lo tenía inútil, como muerto. El hombrecillo se acercó tranquilamente y levantó de nuevo la maza sobre su cabeza.

Ni siquiera sentí el golpe.

# CAPÍTULO VII

Recuerdo que, cuando empecé a recuperar la consciencia, aguanté la respiración, esperando sentir las punzadas de dolor en mi maltrecha cabeza. Pero, curiosamente, no aparecieron. En cambio, tenía todo el cuerpo anquilosado.

Y no era para menos. Varios minutos después, cuando fui capaz de ver y empezar a razonar con cierta claridad, me di cuenta que estaba atado como una salchicha y con las rodillas tocándome la barbilla, encajonado en una especie de portaequipajes. No, no era eso exactamente. Me hallaba en el suelo del sidecar, vigilado por uno de los mayordomos del «hombre del *smoking*». Otro de ellos conducía la moto, la «Ballena», a no ser que también existieran múltiples «Ballenas», tantas como criados. No tenía forma de saberlo.

Cuando el vehículo se detuvo y me hicieron descender de él, a trompicones, nos hallábamos en una especie de garaje sin ventanas. No sabía si seguíamos en Londres.

Me empujaron hasta una especie de armario que resultó ser un ascensor. Unos segundos después, las puertas se abrían para darnos paso a una especie de incongruente laboratorio, mezcla de centro de investigaciones ultramodernas y taller de alquimista. Las retortas se mezclaban con las computadoras, los espesos humos de los productos químicos con el ronroneo de los sistemas automáticos, los muros de piedra con las consolas metálicas.

Pululando por el laboratorio, pude distinguir hasta cuatro de los gemelos de Angus. Contando con los dos que me habían traído hasta allí, sumaban seis. ¿Estaban todos o quedaba alguno cerca del detective por si era necesaria su presencia?

En medio de la estancia se alzaba una gigantesca campana de

cristal, llena hasta la mitad de tinta china, petróleo en bruto, o algún líquido similar. O eso creí, hasta que lo vi agitarse sin motivo aparente. De pronto, la masa negruzca se escindió en formas vagamente humanas, abalanzándose contra las paredes de vidrio, una y otra vez, sin obtener ningún resultado visible. Cambiaron, fluyeron, se unieron y volvieron a cargar contra los muros de su prisión con idéntico resultado. Un inaudible gemido pareció surgir de aquel engendro hasta que resonó en todo mi cráneo. Más que escucharlo, podía sentirlo.

No me pregunten cómo, pero supe, sin ningún género de duda, que aquella monstruosidad, aquella masa informe, era el botín del Ladrón de Sombras.

Dos de los criados de Angus trabaron mis cuerdas a unas argollas metálicas que surgían de uno de los muros, frente a la imponente presencia del propio Ladrón de Sombras que me observaba erguido, inmóvil, silencioso.

Bueno, al menos, Había descubierto que trabajaba aliado a los propios colaboradores de Angus.

Permanecimos así, a tres metros de distancia, desafiándonos mutuamente con la mirada, durante varios largos y eternos minutos. Puedo ser muy paciente si me lo propongo, ya me conocen, pero aquella situación me parecía ridícula, así que dije:

—No espero que me cuente todos sus planes secretos como suelen contárselos a James Bond cuando cae en poder de la Espectra de turno, lo reconozco. Me conformaré con un simple «Buenos días» o quizá, un «¡Vas a morir, maldito entrometido!».

Pero no obtuve ni eso. Sólo silencio.

—Está bien, está bien —insistí—. ¿Y si hacemos un trato? Vosotros me soltáis y yo no me chivo a Angus, ¿de acuerdo? Al fin y al cabo, tetéis las de perder. He descubierto vuestra guarida secreta y, en cuanto deshaga estos nudos, nada, cosa de un par de minutos, os pasaré a todos por la piedra con una sola mano.

El Ladrón de Sombras siguió callado.

Los gemelos se dignaron mostrarme un segundo de atención para estallar en silenciosas carcajadas, estremeciéndose de regocijo, palmeándose los muslos, vertiendo lágrimas de burla.

Por fin, uno de ellos se acercó al Ladrón de Sombras y levantó su jersey negro para que pudiese ver bajo él. Pero no pude ver nada.

Quiero decir, que no había nada, que ver. Aquello solo era un armazón metálico que servía de percha al traje.

¡Jamás me había sentido más ridículo en mi vida!

A continuación, uno de los criados se subió a la espalda de otro y se sentó en su cuello, a caballo, dejando que las piernas colgasen por delante de su hermano. De esa forma, ambos tenían, exactamente, la misma altura que el Ladrón de Sombras.

Comprendido, amigos. El famoso Ladrón no existe, nunca ha existido. Sólo es producto de la colaboración de dos criados saltimbanquis.

Tras la demostración, parecieron perder todo interés en mí. Siguieron mezclando las pociones y ajustando los controles de las máquinas. De vez en cuando, una sacudida eléctrica, una especie de rayo, restallaba dentro de la campana vítrea, surgiendo del tapón metálico que la cerraba y del que se desprendían multitud de cables hasta las distintas computadoras. En esos momentos, la negrura concentrada de las sombras se agitaba espasmódicamente, parecía hervir y las formas humanoides se entremezclaban, se fundían y separaban como amantes ávidos de un encuentro sexual tras otro.

No sabía exactamente qué extraña historia había montado Pascal tras la teoría de la potencia sexual relacionada con las sombras. Pero, desde luego, era espectacular.

Entretanto, no permanecía ocioso. Luchaba con mis ligaduras, pero sin éxito. O aquellos tipos habían sido marineros en su juventud, o estaba perdiendo mi toque particular.

Poco a poco, los gemelos fueron abandonando sus trabajos y concentrándose frente a mí, echando nerviosas miradas a un reloj de pared. Me había olvidado que, según el medallón celta, existían rituales y horas especiales para apoderarse de las sombras. Y, al parecer, la mía se acercaba.

Uno de ellos tomó la pistola del Ladrón de Sombras y la apuntó contra mí. Tenía un primer plano de ella. Al primer vistazo, parecía una de esas pistolas de utillaje de cualquier superproducción galáctica. Pero, junto al gatillo, adosado al cañón, se hallaba un pequeño recipiente de cristal: el futuro y provisional recipiente de mi sombra.

No pude evitar el pensar qué me ocurriría. De acuerdo, supongamos que merodeaban en la sombra. Estoy metido en un

sueño, así que no hay problema. Es más, no sufrían ni siquiera en el sueño las víctimas, daño físico. Sólo un cambio de carácter, una especie de purificación espiritual. Junto con la sombra, perdían toda maldad, todo instinto negativo u oscuro.

Pero ¿y cuándo volviese al mundo real, si es que lograba volver? ¡No podía seguir sin sombra! ¡No podía convertirme en un ejemplo de bondad y buena fe! ¡Sería ridículo! ¡Sería una virtual condena a muerte!

Una leve agitación entre los criados, hizo que me olvidase de mis patéticas elucubraciones. Uno de ellos, hizo un asentimiento con la cabeza al que portaba la pistola y, éste, levantó los brazos hasta apuntarme entre las cejas. Bien, no tenía porque seguir especulando acerca de mi futuro. Pronto lo descubriría.

El hombrecito curvó su dedo sobre el gatillo y…

… y el ascensor hizo sonar una pequeña campana como aviso de que alguien lo estaba utilizando.

Los gemelos corrieron en dirección a él y se apostaron a ambos lados de las puertas, pegados a la pared, alertas. El momento en que éstas se abrían, coincidió con mi grito de aviso y el disparo de la pistola del Ladrón de Sombras. Tras el fogonazo, cuando se me aclaró la vista, tanto yo como los criados pudimos comprobar que no había nadie en el ascensor. ¿Un fallo mecánico?

Uno de ellos señaló silenciosamente el techo del aparato. Allí había una rejilla.

Saltaron ágilmente uno encima del otro, reservando la posición superior para el que iba armado. Estiré todo lo posible mis cuerdas hacia delante para no perderme lo que iba a suceder.

—Como te muevas tanto, no podré cortar las cuerdas —susurró alguien junto a mi oído.

Volví la cabeza sorprendido para encontrarme con un sonriente y feliz Pascal *Ferry*. Estuve a punto de lanzar una exclamación, pero llegó a tiempo de taparme la boca.

—¡Sssh! ¿Quieres que me descubran? ¡Nunca me había topado con nadie que pusiera tantos impedimentos para ser rescatado! Bueno, en realidad, tampoco había tenido nunca que rescatar a nadie. Creo que me haré cliente de «Sueños, Sociedad Anónima»… ¡esto es de lo más divertido!

Se produjo un nuevo fogonazo en el ascensor, seguido de un

gruñido de rabia.

Los gemelos habían descubierto que tampoco se ocultaba nadie sobre el ascensor.

Sólo era cuestión de tiempo el que nos descubrieran.

Exactamente tardaron medio segundo.

La columna de hombrecitos se disolvió como por arte de magia y se dispersaron en todas direcciones. Demasiadas para poder controlarlos a todos. Aunque, el que de verdad me interesaba, era el que estaba armado con la pistola roba-sombras. El recipiente se veía oscuro. No había disparado contra ningún ser humano, sólo contra cosas: el ascensor y su hueco, pero eso no quería decir que no hubiera absorbido las sombras que esas cosas eran capaces de proyectar. Si estaba en lo cierto…

Me apuntó con la pistola, pero no hice ningún movimiento para buscar refugio.

Sentí que Pascal se pegaba a mi espalda como una lapa:

—¿Estás loco? —susurró temblando—. ¡Va a disparar!

—Si me muevo —bromeé— quedarás tú al descubierto.

—¡Oh! —Un silencio—. Bueno, alguien tiene que sacrificarse. Hoy, tú; mañana, yo…

En el momento que el criado apretaba el gatillo, salté hacia atrás arrastrando a Pascal. El rayo cayó sobre el traje de Ladrón de Sombras y, casi instantáneamente, el recipiente estalló, incapaz de soportar la presión de su contenido. No pude contener un aullido de alegría.

—¡Asunto solucionado! —grité.

—Yo no diría tanto —advirtió Pascal, señalando a los hombrecitos que convergían hacia nosotros con expresión de pocos amigos. Todos iban armados: cuchillos, palos, incluso retortas de misterioso contenido.

—¡Bah, no son más que media docena de tipos con armas convencionales! ¡No me dirás que vas a dejarte amedrentar por eso!

—Pues yo… ¡ejem! Un poco, lo confieso. Soy fiel partidario de aquel *slogan* que dice: «¡Haz el amor y no la…!».

Atacaron de improviso. Todos a la vez.

Una retorta voló por los aires, estrellándose junto a mi cabeza, contra la pared, inofensivamente. Pero su contenido me salpicó el hombro y parte del cuello. No sé lo que contendría, pero sentí como

la ropa y la carne se disolvían en una agonía de fuego y dolor. La distracción permitió a los demás llegar hasta nosotros.

El ácido pasó a un segundo plano, cuando uno de los hombrecitos me enterró su garrote en el estómago. Me doblé en dos como si tuviera una bisagra en los riñones.

Pascal le lanzó un tajo con el cuchillo que había utilizado para cortar mis ligaduras, pero quedó ridículamente corto y temeroso. Tenía la prevención de las personas normales a causar un daño irreparable a un antagonista.

El criado esquivó fácilmente el cuchillo, pero quedó frente a mí. Lancé mi puño contra su sien, poniendo en el golpe toda la rabia y frustración acumuladas. Uno menos. Me apoderé de su palo y lo blandí a derecha e izquierda, en rápidos golpes, para mantener a los demás a distancia.

—¡Si ellos pueden usar proyectiles, nosotros también! —grité—. ¡Vamos!

Y cargué contra los mayordomos, seguido de Pascal. Se abrieron para apartarse de nuestro camino y del alcance de nuestras armas, lo que nos permitió llegar hasta una de las mesas repletas de productos químicos. Aquello ya me gustaba más.

Ni siquiera me detuve a leer las etiquetas. Lanzaba todo lo que encontraba a mano. La mayoría de los frascos sólo servían para retardar unos segundos el asalto, pero uno de ellos estalló en la cara de un hombrecito. De inmediato, escuchamos el siseo del ácido corroyendo su carne. Bien, no había recibido más que una ración de su propia medicina. Todavía me escocía el cuello.

Una cortina de humo empezó a elevarse entre ellos y nosotros. Bendecí y maldije al mismo tiempo. El carácter tóxico e irritante de muchos de aquellos productos, podían servirnos de telón contra sus ataques. Pero, al mismo tiempo, les proporcionaba una pantalla que les permitía irrumpir sobre nosotros por sorpresa.

Algunas toses profundas me hicieron sonreír.

De todas formas, estábamos quemando rápidamente nuestras «municiones».

Teníamos que buscar otra solución.

—¡Coge la mesa y prepárate para cuando te avise! —ordené.

—Pero…

—¡Hazlo!

Dos de los criados cruzaron la barrera de humo, saltando sobre la mesa y enarbolando sus armas.

—¡Ahora!

Tiramos de la mesa hacia arriba, volcándola. Ellos cayeron bajo las tablas.

Algo me golpeó la espalda. Uno nos había rodeado. Pero yo era un gato demasiado viejo para aquel ataque. Me doblé sobre mí mismo y el hombrecito cayó al suelo frente a mí. Me dejé caer sobre él con las rodillas por delante. Escuche un *¡crack!* Y estuve seguro que no era de mis huesos.

Percibí un movimiento a mi izquierda, pero cuando me quise volver ya era demasiado tarde. Otro de los criados se me echó encima arrastrándome al suelo.

Flexioné las piernas y me encontré con su estómago. Las extendí como un resorte, sacándomelo de encima. Buen viaje.

Pude permitirme un breve respiro y eché un vistazo a mí alrededor. Unos metros más allá, en el suelo, Pascal resistí a duras penas con dos enemigos sobre él.

Cargué con mi hombro por delante y choqué con uno de ellos, mandándole lejos, trastabillando, hasta chocar con una de las computadoras, hundiendo y haciendo crujir su estructura metálica. A modo de respuesta, una sacudida eléctrica cruzó el interior de la campana donde se hallaban almacenadas las sombras. Era la mayor que había visto hasta entonces y la marea negra se agitó convulsa. En el recipiente pareció estallar una galerna.

Pascal consiguió dejar fuera de combate a su segundo contrincante de un hábil rodillazo.

—¡Espabila, muchacho! —Le advertí—. Ya tengo bastante con mi parte. No podré ayudarte siempre.

—¡Muy bonito! —se quejó amargamente—. ¡Como si no hubiera hecho bastante viniendo aquí a ver si te encontraba, después de lo agotado que me dejó…!, ¡ejem! Bueno, del desgaste que sufrí en casa de… ¡ejem!, ¡bueno, ya me entiendes!

—¡Ya me lo explicarás más tarde!

—¡Que te lo has creído!

Otro resplandor azulado, más potente todavía, restalló entre las sombras. Su mudo gemido se convirtió en una tortura mental, en un rugido de rabia, cólera y frustración. En el límpido cristal que las

contenía apareció una tenue pero distinguible grieta. La infatigable oscuridad arreció sus asaltos contra ella en un intento por liberarse de su prisión.

—No me gustaría estar aquí si estalla esa campana —murmuré entre dientes.

—¡Oh, no importa! —replicó Pascal—. ¡Son sólo sombras! ¿Qué pueden hacernos?

—No lo sé. Pero no quisiera averiguarlo.

Pascal desvió su mirada un instante hacia la campana. La agitación de las sombras había llegado al paroxismo. Tan pronto tomaban la forma de un torso monstruoso, sin rostro, que golpeaba frenéticamente las paredes de cristal, como adoptaban el perfil de seres primigenios, espantosos, redoblando sus embates, al compás de los rayos.

—Creo… creo que yo tampoco… —aceptó, tragando saliva con dificultad—. Yo las imaginé, son creación mía, pero…

Un hombrecillo surgió de entre el humo blandiendo su cuchillo. Trazó un arco paralelo al suelo y la sangre brotó de mi brazo hacia el techo. Le aplasté la cara de un puñetazo, pero tres más volvían ya a la carga.

—No podemos resistir indefinidamente —grité—. ¿Por dónde has entrado?

—Todas las mansiones viejas tienen sus pasillos secretos —explicó Pascal—. Soy el guionista del sueño, ¿recuerdas? Yo le preparé una entrada a Angus. Tenía que utilizar el truco del ascensor para colarse hasta aquí, pero al final lo usé yo. ¡Qué remedio!

—¡Pues guíame!

Sujetamos una mesa por ambos extremos y cargamos contra los criados del «hombre del *smoking*» para abrimos paso. Retrocedieron precavidamente y conseguimos llegar hasta la entrada secreta. Pascal presionó una de las piedras y una pequeña sección del muro giró sobre sí misma, dejando al descubierto un oscuro pasadizo. El programador estaba a punto de meterse en él, cuando le retuve por un brazo.

—¡Espera, ayúdame con la mesa!

La elevamos por encima de nuestras cabezas y nuestros atacantes frenaron su embestida en seco, dispersándose a

continuación para que no pudiésemos atacarles a todos a la vez. No eran tontos, pero nuestro objetivo no eran ellos, sino las computadoras.

—¡Ahora! —aullé con todas mis fuerzas.

La mesa voló por los aires hasta incrustarse en el cuadro de mandos principal.

Estábamos entrando en el pasadizo, cuando el padre de todos los rayos hizo saltar la campana de las sombras hecha añicos. Estábamos cerrando la puerta de acceso cuando aquella negrura impalpable se derramó como una riada por el laboratorio.

Estábamos intentando recuperar un poco de aliento cuando escuchamos los histéricos gritos de agonía de los hombrecillos. ¿Qué castigo estarían sufriendo a manos de las vengativas sombras? Ni lo sabía, ni quería saberlo. Todos los sumarios merecen tener su secreto.

—Bien, vámonos de aquí —dije, mortalmente agotado—. Y cuanto más deprisa podamos, mejor.

Unas escaleras nos condujeron hasta un oscuro rellano y Pascal tanteó en la pared hasta encontrar el resorte de apertura de la puerta. Salimos a un inmenso cuarto de baño con toda clase de lujos y exquisitos detalles. Desde los grifos de oro a la alfombra de un palmo de espesor, pasando por la bañera de tres metros de diámetro. Cruzamos por delante de una sauna, un gimnasio, una sala de *squash* y un pequeño recibidor hasta encontrarnos al aire libre.

Desde fuera, la casa tenía el mismo aspecto, viejo y ruinoso, de las demás propiedades de Angus. ¡Curioso tipo aquél!

—Oye, un momento —de repente, una escalofriante idea me había pasado por la cabeza—. Hemos acabado con el Ladrón de Sombras y, por tanto, con el caso que programaste. ¿Por qué seguimos aquí? ¿Por qué no ha despertado Angus y nosotros con él?

—Te olvidas de una cosa, Indy —explicó Pascal—. El Caso del Ladrón de Sombras tenía que resolverlo Angus, no nosotros. Él debe seguir por ahí, durmiendo o divirtiéndose a su manera, sin saber que hemos liquidado a su contrincante. Como para él no está resuelto el caso, sigue durmiendo.

—Entonces… ¿qué hacemos ahora? ¿Decirle que todo ha terminado y que nos vayamos a casa?

—¡No lo sé, maldita sea, no lo sé! En principio, que yo sepa, sólo había dos formas de terminar con este embrollo: o Angus terminaba con el Ladrón de Sombras, o el Ladrón de Sombras terminaba con él. Si moría, despertaba.

—No hay problema —intervine—. Si la solución es matarle, le mataremos nosotros.

—No le va a gustar.

—¿Ah, no? ¿Y qué va a hacer? ¿Reñirme?

—No, exactamente. Piensa un momento en la fiesta. Es su sueño y él establece las reglas. Puede obligarte a reír mientras te vivisecciona.

No sonaba muy prometedor.

—Escucha, tengo otra idea —apuntó Pascal—. En la central de «Sueños, S. A.», saben que estamos vivos. Tienen nuestros cuerpos durmiendo, así que no enviarán a nadie más. ¿De acuerdo?

—De momento, sí —acepté.

—La razón de que Angus no quisiera terminar con la programación, era no terminar con la diversión. Bien, ahora no tiene diversión posible. No le queda Ladrón de Sombras que combatir, ni más enviados de la compañía que nosotros. Si nos escondemos, acabará aburriéndose. Podemos pasar el tiempo con un par de chicas que conozco…

—Debí suponerlo —protesté—. No, gracias. El juego puede resultar eterno y ya se me ha agotado la paciencia. Quiero terminar cuanto antes, cobrar mi dinero y disfrutar de mis vacaciones.

—Pero, Indy… ¡te estoy proponiendo las mejores vacaciones que puedas imaginar!

Fue la gota que desbordó el vaso.

—No.

—¡Indy…!

—¡No!

—Está bien, como quieras —cedió Pascal—. Pero esto es un suicidio. Matar a Angus es imposible.

—Pero me encantará intentarlo.

## CAPÍTULO VIII

Para matar a Angus, primero teníamos que localizarle.

No debería resultar especialmente difícil. Como ya sabía, la única parte de Londres que estaba viva, era en las inmediaciones del propio «hombre del *smoking*».

Teníamos a mano los coches que nos vinieran en gana para elegir. Antes, forzamos la puerta de una tienda de deportes para apertrecharnos de armas. Escogimos cuatro fusiles de caza de gran calibre y abundante munición. El peligro estaba en que nos descubriera antes de tener una oportunidad de matarle y no pensaba dársela.

Con todo aquel arsenal y mi idea fija bien metida en la cabeza, me sentí un asesino a sueldo, pero deseché cualquier escrúpulo sentimental. Para el detective, la muerte no sería un final definitivo. Sólo supondría su despertar. Y el nuestro.

Desbloqueamos un Aston Martin —¿por qué andarse con pequeñeces?— y recorrimos el camino por la fantasmal ciudad hasta el piso-biblioteca donde le había dejado la noche anterior. Los alrededores estaban muertos, así que ni siquiera nos detuvimos. Angus no se encontraba en las cercanías. Pascal conocía su residencia habitual y allí nos dirigimos.

A medida que nos acercábamos, todo cambió. Primero, tenuemente. Apenas unas sombras —¡qué ironía!— vagamente humanoides circulaban por las calles.

Jirones de niebla en forma de automóviles se cruzaban con nosotros, atravesándonos sin que sintiéramos el impacto. Pronto tuvimos que tener más cuidado. Seres humanos y vehículos adquirían más consistencia hasta conseguir el aspecto y textura habituales.

—Esta vez le hemos cogido —sentenció Pascal, lúgubremente.

—Eso espero —ratifiqué yo.

Aparcamos dos manzanas antes de llegar, por pura precaución. Ni siquiera tuve que esperar a que Pascal me señalase el edificio. Era un calco de los que ya conocía. Antiguo, sucio y casi decrépito.

—¿Esperamos a que salga o entramos en el cubil de la fiera? —consultó con tono irónico mi acompañante.

—Cuanto antes terminemos, mejor.

Anduvimos el resto del camino escondiéndonos tras los coches aparcados o las marquesinas de las casas. Parecíamos dos chiquillos jugando a policías y ladrones, ya que nadie nos hacía el menor caso. Por más consciente que fuese, no podía apartarme de la cabeza la sensación de que no existíamos, cuando sabía muy bien que eran ellos, los que nos rodeaban, quienes no contaban con una existencia real.

Llegamos frente a la puerta sin ningún contratiempo.

—Espera un momento —advertí a Pascal—. Lim, suponiendo que sea Lim y no alguno de sus hermanos el que esté con él, me conoce y me ha visto con Angus. No creo que ninguno de los otros haya podido avisarle de lo que ha ocurrido. Por lo que sabemos, son mudos. Para él, no soy más que otra de tus creaciones, no tiene motivo para sospechar nada raro de mí…

—¿Intentas insinuar que piensas llamar tranquilamente a la puerta y pedirle que te deje pasar para matar a su señor?

—Sí y no. Sí a lo primero, no a lo segundo.

—¡Estás más loco que él!

—Pronto lo sabremos.

Pulsé el timbre y esperé, apretando nerviosamente el rifle en mis manos.

Llevaba otro en bandolera y dos cinturones repletos de cartuchos, cruzados sobre mi pecho. Tenía todo el aspecto de un guerrillero mejicano de principios de siglo.

Pascal se colocó junto a la puerta con la espalda en la pared.

Oí como se descorría el cerrojo de la puerta y apreté las mandíbulas. La puerta se entreabrió y el mayordomo apareció ceremonioso en el umbral.

—Buenos días, Lim. Angus me ha mandado llamar para…

No terminé la frase. Levanté bruscamente la culata del fusil y

golpeé con ella, de abajo arriba al criado. Se desplomó sin un solo quejido. Me adelanté un paso y lo sostuve para impedir que chocase contra el suelo.

—Un problema menos —susurré a Pascal—. Vamos, adentro.

—¿Y si me quedo aquí? —sugirió el programador—. Así, si tú fallas, seré tú as en la manga. Cuando Angus se está carcajeando sobre tu cadáver, yo…

—Si Angus se carcajea sobre mi cadáver —respondí, enseñando los dientes— me importa un comino haber guardado ningún as en la manga. ¡Entra de una vez!

—Está bien, hombre. Sólo era una sugerencia.

Entramos sin hacer el más mínimo ruido. Lo único que podía escuchar era el latido de mi propio corazón. En el *hall* se abrían tres puertas y una escalera se perdía en el piso superior. Señalé las puertas con el rifle, mientras me dirigía a las escaleras.

Lentamente, con un crujido digno de la mejor superproducción de terror hollywoodiense, la puerta que daba a la calle, se cerró a nuestras espaldas.

—Lo de ayer fue pura suerte —dijo una voz por encima de nosotros—. ¿Pensó que podría mantener indefinidamente su superchería, señor James?

Los escalones parecieron cobrar vida, fluir y dos tentáculos de madera se enroscaron en mis piernas, ascendiendo rápidamente hacia mi torso.

Apunté a ciegas con el rifle y vacié los dos cartuchos. Un segundo después, estaba inmovilizado.

—¡Mala puntería, señor James! —anunció jocosamente el detective, descendiendo por la escalera y sacudiéndose un poco de yeso de su impecable bata.

Se me escapó la sonrisa al darme cuenta que tenía el diseño de un *smoking* estampado en ella.

—Ideas fijas, ¿eh? —apunté.

—Más de lo que se pueda imaginar.

¡Maldije por lo bajo! ¡Era el único que todavía no había menospreciado mi imaginación!

—Y ahora, señor James… ¡adiós!

Alzó la mano y los nudosos tentáculos apretaron su abrazo. Sentí que mis costillas empezaban a ceder. Apenas podía respirar.

—¡No cometa otro asesinato, Angus! ¡No tiene sentido! —Me obligué a decir por encima del dolor—. Hemos acabado con su maldito Ladrón de Sombras. Ya no tiene sentido proseguir el juego.

—«¿Hemos?» —repitió, repentinamente alerta—. ¿Por qué habla en plural, señor James?

¡Yo y mi bocaza! No había descubierto a Pascal, sólo a mí. O le tranquilizaba ganando tiempo para que Pascal pudiese actuar, o estábamos perdidos.

—Liquidó a todos los enviados de la compañía, Angus. Esta vez no querían correr riesgos. Metieron todo un ejército en su sueño —la presión de los tentáculos se había detenido. Había conseguido atraer su atención—. Podrá matarme a mí, a todos, pero vendrán más y más y más. No podrá resistir eternamente. Si tanto le interesa su jueguecito intelectual, despierte de una vez y ordene que le preparen nuevos sueños, nuevos enigmas que resolver.

—¿Por qué he de pagar de nuevo por lo que puedo disfrutar gratis? —argumentó con una sonrisa.

¡Maldita tacañería! Me lo habían advertido, pero se me había olvidado.

Pascal surgió de repente de debajo de la escalera y apretó el gatillo de su arma.

El brazo de Angus saltó hecho pedazos, salpicándome de sangre. El detective se tambaleó y su concentración mental cedió. Los tentáculos perdieron consistencia y mi peso hizo que se doblaran. Falto de apoyo, caí hacia atrás.

—¡Dispara, maldita sea! —aullé—. ¡Sigue disparando!

Pero Pascal estaba demasiado horrorizado por el espectáculo para poder obedecer. Seguía allí, al pie de la escalera, mirando como hipnotizado el chorro de sangre que brotaba del muñón de Angus.

Aterricé de espaldas al pie de la escalera e intenté ignorar el dolor, mientras trataba de empuñar mi segundo fusil. Grité al apretar ambos gatillos a la vez y el detective saltó varios escalones hacia atrás por el impacto, con un agujero del tamaño de un puño en pleno estómago.

—¡Malditos… seáis! —farfulló entre bocanadas de saliva sanguinolenta—. ¡Moriréis… c… onmigo!

La casa entera empezó a vibrar ostensiblemente. Las paredes,

suelo y techo se agrietaron, escupiendo pedazos de sí mismos sobre nosotros. Intenté recargar el arma para disparar, pero el temblor me lo impedía. Teníamos que matarle antes de que acabase con nosotros o nunca despertaríamos.

Un pedazo de techo del tamaño de una cama se desprendió de las alturas, empezando a caer sobre mí. Me tiré a un lado, pero el suelo cedió bajo mis pies, engulléndome. Conseguí sujetarme al borde de la grieta, pero mi fusil desapareció en el abismo.

Medio cegado por el polvo y los cascotes que volaban como metralla creí ver desaparecer a Pascal bajo una enorme viga. Resistir. Resistir era todo cuanto podía pensar. Ni siquiera en aquel mundo podría Angus sobrevivir al tipo de heridas que le habíamos infligido. Un segundo, un minuto más. Morir después que él, despertar, era todo cuanto pedía.

Surtidores de lava inundaban la casa, el fuego lamía los muros y el calor abrasador me impedía respirar. Mi piel se cubría de ampollas rápidamente y empecé a perder la consciencia. Todo se volvía impreciso, borroso, intangible. ¿Estaba muriendo yo o moría él?

A través del humo y las lágrimas pude ver la figura de Angus en la escalera. Con su única mano, a punto de desfallecer, taponaba la terrible herida del fusil, mirándome con un odio primitivo, irracional. De su cuerpo parecían brotar ríos de sangre que amenazaban con ahogarme. Mis ojos coincidieron con los suyos y sentí que mi cerebro se disolvía en la nada, aferrándose a aquella falsa realidad desesperadamente.

Y caí. Caí a través de la nada, a través de una bruma gris, intangible, inaprensible, sintiendo náuseas, perdiendo el sentido, con un único pensamiento de venganza, odio y muerte.

Pero ¿la mía o la suya?

# EPÍLOGO

Sentí un golpe contra algo duro y abrí los ojos por puro reflejo.

Estaba en el suelo, un suelo duro, frío, sucio. Alguien me sacudía por el hombro, reclamando mi atención. Intenté enfocar su figura. Llevaba uniforme, pero todo me daba vueltas borrosamente.

—¿Está bien, amigo? —dijo una voz preocupada.

Tenía el estómago revuelto y la cabeza me ardía. Tragué saliva una y otra vez para quitarme el sabor de bilis de la boca. Al principio, mi garganta se negó a emitir sonido alguno. Carraspeé, sintiéndola seca, dolorida. Por fin, conseguí balbucear.

—Creo… que sí. Sólo me… siento un poco mareado. ¿Dónde estoy?

—¿Dónde va a estar, amigo? En Heathrow, en el aeropuerto.

—¿Cómo?

Me incorporé sobre un codo y, poco a poco, el ruido ambiental se filtró hasta mi cerebro, la visión se me aclaró. Sí, aquello parecía un aeropuerto.

—Estaba sentado, dormitando —explicó el agente de seguridad —. Y de repente, se derrumbó. ¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí, sí, gracias…

Sentí ganas de lanzar un grito de triunfo. ¡Lo habíamos conseguido! ¡Habíamos eliminado a Angus! Pero, entonces, ¿qué hacía yo en el aeropuerto? Debería estar en el complejo de «Sueños, Sociedad Anónima». ¿Y Pascal? ¿Habría despertado también o la viga le había matado antes que el detective expirase?

Peor todavía. ¿Había sido todo real o un simple sueño?

Me dirigí a una cabina y consulté el listín telefónico. «Sueños, S. A.», no venía reseñado en él: Era lógico. Ya me habían advertido que su negocio aún se hallaba en una fase experimental. ¿Me lo

habían dicho de verdad o lo había imaginado?

Mi ropa era la habitual. Palpé mis bolsillos y encontré el paquete de Harry Grant.

O eso creí. Cuando conté el dinero, sumaba
250 000
dólares. ¿Una equivocación del agente gubernamental o la paga prometida por los sicarios de Berowsky?

¡Todo era tan confuso…! Volví a consultar el listín. Ni Otto Berowsky, ni Pascal *Ferry*, tenían una entrada. Sin el apellido, no podía localizar al «hombre del *smoking*».

Sí, un momento. Tenía, sabía la dirección de algunas de sus casas. ¿Cuáles eran? Tardé unos minutos en convencerme de que me era imposible recordarlas. Pero ¿es que las había sabido alguna vez?

Bueno, al diablo con todo.

Antes de aquel incidente, estaba dispuesto a tomar unas merecidas vacaciones.

Y seguía pensando lo mismo. No iba a dejar que nada ni nadie me las estropease.

Quizá, bajo el sol, rodeado de chicas desnudas de piel morena, pudiese pactar con mi memoria.

Si Berowsky, Pascal y «Sueños, S. A.», existían realmente, quizás algún día volvería a encontrarles. Si no, ¡qué más daba!

Al fin y al cabo, ya se sabe…

… ¡los «sueños», sueños son!

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

**Listado de la colección:**

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion. Blogspot.com. Es/